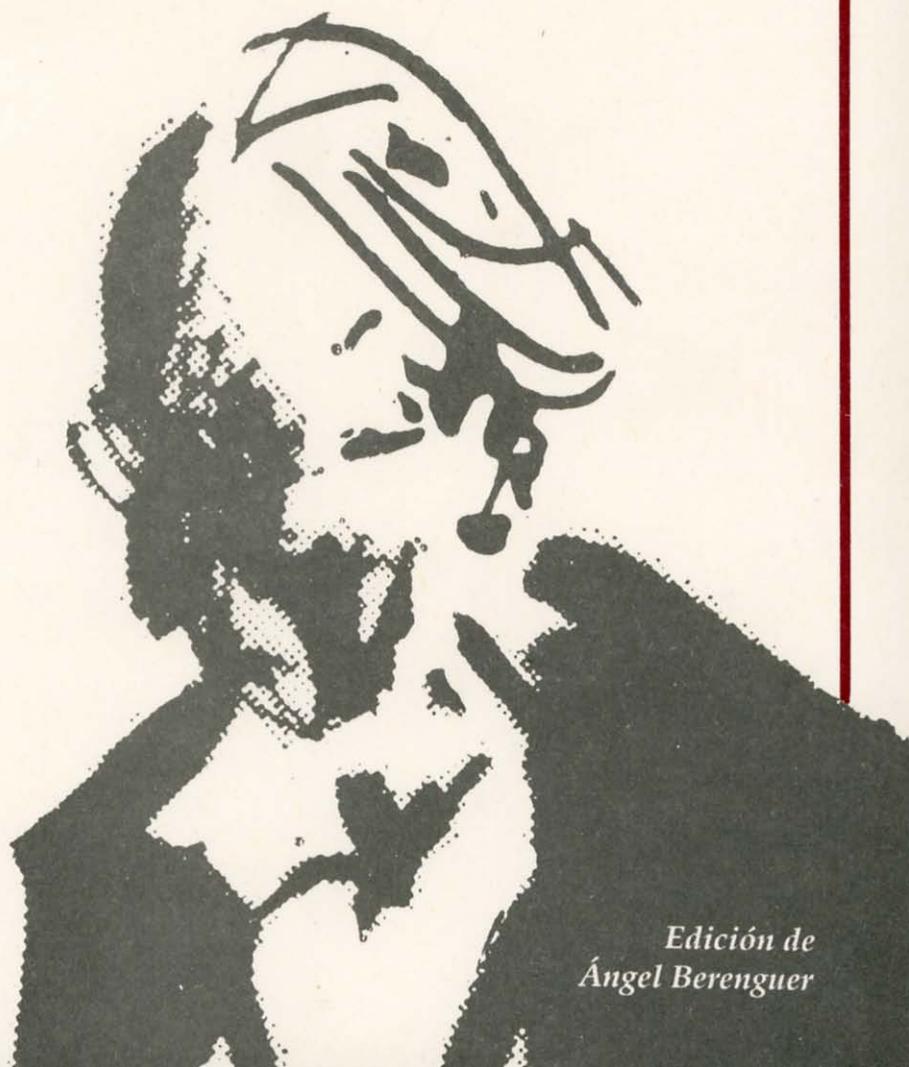


COMENTARIOS DE PERICLES GARCIA

Gabriel Pradal



*Edición de
Ángel Berenguer*

Gabriel Pradal

Comentarios de Pericles García

(EDICIÓN DE ÁNGEL BERENGUER)

COORDINACIÓN DE JOAQUÍN PÉREZ SIQUIER



Instituto de Estudios Almerienses
Aula Socialista de Cultura
Ateneo de Almería

©Texto: Los autores

Edita: I.E.A.

Diseño de portada: Joaquín López Crúces sobre un dibujo de Carlos Pradal

Composición: Servicios Técnicos del I.E.A.

I.S.B.N.: 84 - 86862 - 58 - 2

Dep. Legal: AI - 287 - 1991

Imprime: TALLERES GRAFICOS ARTE, JUBERÍAS & COMPAÑÍA, S.A.)

1. *Índice general de la obra:*

Introducción de Angel Berenguer

I. Memoria viva

1. El centenario de Clarín	53
2. Un santo patrono.....	55
3. Valor económico del analfabeto.....	56
4. Distinción apropiadísima	59
5. El alcalde de Móstoles.....	61
6. ¡Que se lo den!.....	63
7. La verdad orientada.....	65
8. A codazos	67
9. Ni una partícula	70
10. Las grandes historias	73
11. Contemplación científica	75
12. Hegemonía jamonera	77
13. La toga y el propósito	79
14. Dichosa incapacidad	81
15. Fusilamientos en Málaga	83
16. La "operación reapertura"	85
17. Las simples y audaces aficiones	87
18. Extraterritorialidad del puñetazo	89
19. Sólo cuatro muertos	91
20. La última espina	94
21. Con espuelas	97
22. La lección del toro	99
23. Aunque sea verano.....	101

24. La cuestión hidroláctica	103
25. Lo que se cuenta	105
26. La basura del régimen	106
27. Al revés te lo digo	108
28. Predicción de peligrosidad	110
29. Un sencillo recuerdo	112
30. Alta certificación	113
31. Apuntes de medianoche	115
32. Lo psíquico y lo nutricional	117
33. Con la música	119
34. Bikinización	121
35. La ocasión de ser poeta	123
36. Donde hay tantos, uno más	125
37. Olvídense a Unamuno	127
38. Las bombas que cayeron	129

II. Memoria política: la sociedad civil

39. Contando con los dedos	133
40. Hacedores de historia	135
41. Papeles de cajas	136
42. Por diferentes causas	138
43. A la mayor gloria	140
44. El glorioso rescate	142
45. Lo que se pesca	145
46. Para llevar en las manos	147
47. Desde El Pardo a Formosa.....	149
48. Entre el mando y el pan	151
49. Consejeros jesuseros	153
50. Huele a podrido	155
51. Los burros vuelan	157
52. Mensaje personal	159
53. De los viajes	161
54. Goethe y compañía	162
55. Felizmente para el mundo.....	164

56. Los que bien se conocen	166
57. Felizmente para los españoles	168
58. Croniquilla de un viaje	170
59. Por haberlo desoido	172
60. Perdón inolvidante	174
61. Un episodio del "glorioso"	176
62. Los ministros que van	178
63. Un cheque en propia mano.....	180
64. Ya se duda lo indudable	182
65. Quede atrás lo civil	184
66. Revolucionario de Europa	185
67. El requerir de aquel trance	187
68. Mitad y mitad	189
69. A papeleta, bayoneta	190
70. Esos trenes que pasan	192
71. Cachalote y cimarrón	194
72. El uno y el otro alcalde	196
73. Así se van	198

III. Memoria política: la Iglesia

74. Desde Clavijo a Brunete	203
75. El escándalo mayúsculo	205
76. Un milagro inquietante	207
77. Los santos y elregadío	209
78. La culpa es de la moda	211
79. No se hable de Ortega	213
80. Oraciones numeradas	215
81. Edificar hombres	217
82. Evangelizar afeitando	219
83. Ha pasado un cardenal	221
84. Misioneros sidéreos	223
85. Con la boca bendita	225
86. He ahí un precedente	227
87. Una ofrenda en Toledo	229

88. Por teléfono	230
89. Lo que no es pecado	232
90. Con sotana o sin ella	234
91. Correlación de honores	236
92. Por un día solamente	237
93. Más conquistas del clero	239
94. Tal para cual	241
95. Una verdadera ganga	243
96. Los elementos teológicos	245
97. Dichoso simbolismo	247
98. Evangelizar el turismo	249
99. Un concordatazo a fondo	251

IV. Memoria de exilio

100. Un hombre de la "anti-España"	255
101. A cada pez	257
102. Al pasar el proscrito	259
103. No volverán, pero	261
104. De un notable editorial	262
105. Exportación de sapos	264
106. Monolitos	266
107. Morirse antes	268
108. Trafalgar, 29	270
109. Una estupenda huelga	272
110. Elogio de la trashumancia	274
111. Lo dijo Blas	276

Índice general de artículos por su fecha de publicación en *El socialista*.

Índice general de artículos por orden alfabético.

Índice de nombres.

INTRODUCCION

Gabriel Pradal Gómez nació en Almería hace cien años, el 21 de Septiembre de 1891. Aunque su enorme actividad le llevó a desarrollar varios campos de acción, en su vida profesional ejerció como arquitecto del Ayuntamiento de Madrid y, paralelamente, dedicó su vida a la actividad política desde las filas del socialismo español. Militante del Partido Socialista Obrero Español, debe (ante todo y sobre todo) ser considerado como un hombre político, defensor de un modo de concebir la sociedad humana. A ello dedicó su vida, y es en este terreno donde debe ser situado y reconocido, más que en ningún otro. A la Política entregó su existencia, durante sus años más productivos; en las circunstancias políticas de su tiempo realizó sus ideales, y por ellos se sacrificó profesional y personalmente, aceptando una existencia de exilio llena de penalidades y privaciones, consecuencia de una página de nuestra historia mutilada por los tristes acontecimientos que sucedieron en torno a nuestra Guerra Civil de 1936.

Tras la derrota republicana de 1939, inició sus años de exilio estableciéndose en la ciudad de Toulouse (Francia), desde donde podía contemplar las montañas pirenaicas y sentir la presencia de su España perdida. Bien es cierto que su espíritu supo trascender esa barrera física con creces desde su acción política materializada, entre otras actividades, en la dirección de *El socialista* desde el año 1952 hasta su muerte, acaecida el 16 de Septiembre de 1965. Durante esos 23 años realizó una labor paralela, publicando sus *Comentarios*, firmados con un seudónimo

que ya había utilizado ocasionalmente: "Pericles García". En esos artículos supo reflexionar sobre las circunstancias históricas que le tocaron vivir, enjuiciando la actualidad de la "nueva" España y los casos y cosas del exilio, con fervor selectivo e insistiendo en todo aquello que aclaraba el pasado y establecía la permanencia (dentro y fuera de España) de aquellas ideas por las que había luchado siempre.

En realidad, su actividad como escritor debe ser encuadrada también en ese marco de su vocación política. Las palabras, para el Pradal escritor, tenían su propia virtud, servían para aclarar los nexos más escondidos de la realidad con su significación pública. En ello, se situaba dentro de una tradición literaria perfectamente establecida en su tiempo. Esta literatura de tesis estaba recuperando, a su vez, la voz y las técnicas expresivas de otra fórmula anterior y coexistente: la literatura social.

1. El escritor y el político

En los comienzos de su actividad intelectual, Gabriel Pradal escribió una serie de textos que atestiguan su interés por un modo de expresión y comunicación pública que ya había también atraído a no pocos personajes de la vida intelectual, y a muchos profesionales (algunos también de la política), a partir del proceso revolucionario burgués.¹ Como consecuencia del mismo, se inicia, con el pasado siglo, una conjunción todavía persistente entre espíritu creador romántico y proyecto político progresista encaminado a establecer el modelo social de libertad individual proclamado por los destructores del Antiguo Régimen.²

1 Debo estos datos, así como los poemas y textos que publico más adelante a la generosidad de Gemma Pradal Balicster (autora de una excelente vida del político: *Gabriel Pradal 1891-1965*) y a las indicaciones de Kalinka Pradal.

2 Como ha señalado Teresa Rodríguez de Lacca en su artículo "Influencia de la cultura alemana en España en la primera mitad del siglo XIX", el carácter reaccionario del primer romanticismo acabará desprestigiándolo, "dando lugar a un segundo romanticismo de carácter marcadamente liberal, que se desarrollará principalmente en Francia." (en *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX y XX*, Editorial Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1973, págs. 33 y siguientes)

La práctica literaria adquiere, desde principios del siglo XIX, una reputación muy positiva en los medios del liberalismo político primero, y, más tarde, entre los partidos políticos del amplio espectro que constituye la izquierda en la España del siglo XX, sobre todo en su primer tercio.

Gabriel Pradal no escaparía a esa influencia cuya importancia y génesis expondremos brevemente en las páginas que siguen.

Enmarcado por el mismo Pablo Iglesias entre quienes constituyen el bloque de los "obreros intelectuales" del Partido Socialista Obrero Español, el viejo líder le estaba señalando al joven almeriense, que se iniciaba en la vida política, una trayectoria que marcaría toda su vida.³

Dicha trayectoria, como ya hemos señalado, se concibe, en la época juvenil de Pradal, como la aceptación del compromiso social y/o político de las letras, desde el campo del socialismo español. Sin duda, los jóvenes socialistas de la época eran conscientes de la larga lucha mantenida por sus predecesores políticos, los liberales, que vieron destruidos sus ideales sociales durante la Década Ominosa, traicionados por el cambio de rumbo realizado por Fernando VII. Este tipo de maniobras y traiciones se repetirán durante todo el siglo pasado y no estarán ausentes de la práctica política del nuestro hasta los días presentes.

Podría decirse que el signo de los tiempos era (y sigue siéndolo en la memoria colectiva del consenso, al menos teóricamente) la adopción de posturas firmes y consecuentes que establecieran palmariamente la honestidad del político, inclinado a la rectificación de sus análisis, pero inflexible en su posicionamiento ideológico. Lo que ahora resulta habi-

3 En su "Prólogo" a la edición de los *Comentarios de Pericles García*, publicado en Toulouse en 1967 por Ediciones Renovación, Luis Jiménez de Asúa señala (página 7) el hecho:

El "Abuelo" correspondió a esa corriente de devoción, con un acto poco frecuente. Dedicó un retrato con esta dedicatoria: "A D. Gabriel Pradal Gómez, uno de los *obreros intelectuales* que luchan desde el campo del socialismo por la emancipación de la Humanidad."

tual en política e, incluso puede parecer prudente, arrastra una enorme carga de significación en el pasado, y constituyó un factor de ética personal y honradez imprescindibles en los años más cruentos de la lucha por las libertades. Gabriel Pradal debe ser situado en esta tradición de políticos comprometidos con estos principios, defendidos en todos los terrenos de su acción política y, muy especialmente, en su obra publicada.

La palabra escrita, que se expresa en libertad y manifiesta convicciones sociales y políticas tiene, en efecto, en nuestro país una larga trayectoria que debemos recordar a la hora de aproximarnos a la figura del político y escritor que es Gabriel Pradal.⁴

En efecto, los valores revolucionarios que enmarcaron el desarrollo del movimiento romántico desde comienzos del siglo XIX, y que describen de manera lapidaria los tres lemas de la Revolución Francesa, se aplicarán con extraordinario éxito a la producción cultural (no sólo entre los políticos que escriben) de manera sistemática y hasta nuestros días, aunque a veces de modo no demasiado evidente para un observador poco avezado en el manejo de las nuevas técnicas de la crítica. Se podría decir que todas las actitudes vanguardistas de los últimos dos siglos responden de algún modo al ideario de la Revolución Francesa.

De hecho, la *Igualdad* del ciudadano ante la ley, también se aplica al ejercicio de la creación. La *Libertad* consagra el lenguaje del arte sin las trabas y corsés del academicismo. Un arte libre e igualitario permitirá (con el paso del tiempo y la evolución de la sociedad burguesa) la libre expresión de las personas en el terreno de la creación, aun sin ser expertos. Sus obras serán relevantes aunque no muestren los rasgos de una producción acreditada por diplomas y reconocimiento. La *Fraternidad*, proclamada por las revoluciones burguesas, también encuentra su proyección en el terreno artístico. Viene a ser un grito solidario que reconoce la capacidad creadora de las personas, inspiradas por una emoción pura o apoyadas en la expresividad de una tradición artística popular, clara-

4 La escritura, sin embargo, entre los políticos suele darse separadamente de su ejercicio del poder: se dedican a exponer sus ideas y sentimientos *antes* y *después* de su ejercicio (desde la oposición, el retiro o el exilio), raramente durante sus años ejecutivos.

mente incorporada por la estética romántica. En suma, se podría decir que los valores proclamados por los políticos se refieren (como es natural en revoluciones que transforman radicalmente las relaciones de los ciudadanos entre sí y con la república) no sólo a la convivencia social sino, y sobre todo, a la imagen que de sí misma y de sus relaciones con el entorno social, tiene o proyecta la persona que desea expresarse en el terreno creativo (artístico o intelectual) asumiendo y radicalizando los presupuestos del orden social en que vive. De esta actitud nace, a nuestro entender, la conjunción de ideología y expresión artística que se realiza entre los políticos que practican la escritura durante los dos últimos siglos. Si entre los artistas el contenido de las ideas y de las formas se ha convertido en campo de experimentación, el lenguaje del arte podrá ser utilizado con más soltura por aquellos que lo emplean para servir causas, no menos ideales que los profundos deseos de cambio expresivo, manifestados por los artistas.

En esta tradición, donde implícitamente ya estaban consagrados principios que llenarían la juventud de Gabriel Pradal, reconocemos los movimientos más radicales de nuestro siglo. Afirmaciones como "todo es Arte, o puede serlo", "cualquier persona puede ser artista" (es decir, expresarse a través de un lenguaje artístico), "el estilo, la técnica y la sólida formación están por debajo de la inspiración", son monedas corrientes en nuestros días, pero se acuñaron con energía al iniciarse el siglo que vio la adolescencia de Pradal, y sus moldes se grabaron en los primeros años del siglo de las revoluciones industriales.

Cuando el 25 de Abril de 1815 se prohíben, por Real Decreto, todos los periódicos de España (con la excepción de la *Gaceta* y el casi oficial *Diario de Madrid*), se está iniciando una andadura de luchas que recorreremos los españoles durante 160 años.

Ese camino de esfuerzos y privaciones (la acción y sus consecuencias son los avatares necesarios del progreso, por lo que conviene entender estas palabras en su valor histórico, no heroico), está jalonado de víctimas, exilios y amargas experiencias personales desde su inicio, en los medios afrancesados, liberales o, simplemente, disidentes del orden político y social mantenido en España (con palabras y hechos) por las clases políticas dominantes, capitaneadas por la Iglesia y la Aristocracia.

Entre los primeros encarcelados liberales (Argüelles, Quintana, Martínez de la Rosa, Villanueva, Canga Argüelles...), brotó la flor de la resistencia que otros cultivaron en el exilio. Entre ellos, insignes escritores como Marchena, Meléndez Valdés o Moratín, cuyas plumas se pondrían al servicio de una causa política, estableciendo así un nexo ya permanente entre expresión literaria y contenido político.⁵

La escritura política se constituye pues, como la práctica de literatos que la emplean para expresar sus emociones, mezcladas con el fervor de una causa y la comprensión oblicua (para el sistema dominante) del universo y de la circunstancia histórica que les tocó vivir, y que desearon modificar.⁶

Desde ahora, conviene aclarar la diferencia entre un escritor que expresa ideas políticas, y un político que escribe. No se trata de valorar al político desde la perspectiva de la literatura y su intrahistoria, ni --por el contrario--, criticar la calidad de un escritor desde perspectivas políticas y, mucho menos, partidistas. Debemos comprender, a estas alturas de nuestra historia, el fenómeno en su marco: hay escritores que participan en la acción política, y encontramos políticos que se expresan en términos literarios, del mismo modo que lo hacen otros profesionales.

Cuando el proyecto creador se impone a la pura expresión de ideas, gana la literatura; si la comunicación de un proyecto político es el motor

5 Conviene recordar aquí ciertas similitudes entre aquel exilio y el que vivió Gabriel Pradal. En efecto, nadie ponía en duda al iniciarse el exilio republicano el valor que, para la causa, representaban los asesinatos, encarcelamientos y exilio de aquellos escritores que habían defendido los valores democráticos pisoteados por el franquismo. La cuestión ha sido ya señalada y estudiada con amplitud, por lo que nos limitamos a señalar aquí su incidencia en el proyecto literario de Gabriel Pradal.

6 La acción literaria, es decir la comunicación de ideas políticas a través de las publicaciones periódicas, fue muy empleada por la oposición ilustrada francesa, durante los años inmediatamente anteriores a la Revolución de 1789, y posibilitada por el incremento del público lector, incluso entre las capas artesanales y obreras de la sociedad. De aquí que se perpetuara tanto el prestigio de la alfabetización, como el empleo de los periódicos entre los grupos y partidos de la oposición liberal y progresista, manteniéndose dicha prioridad hasta nuestros días. Para esta cuestión, véase, entre otros, el libro de Simon Schama *Citizens* (Alfred A. Knopf, New York, 1989, págs. 174-181).

principal de una obra literaria, suele perderse ésta con el paso de las circunstancias que la inspiraron.⁷ El equilibrio entre una extremada coherencia en el pensamiento expresado, y una extraordinaria riqueza en los medios empleados para comunicarla, constituyen los factores más evidentes de una creación artística de calidad. En ella se integran los ideales políticos (también los socio/políticos reseñados más arriba), y la ciencia de la expresión artística (a veces, las más, nacida del talento y la espontaneidad).

Estas consideraciones que preceden, tienen como objeto centrar la figura de Gabriel Pradal en el marco de esa tradición, que hemos descrito, señalando las causas que aclaran las relaciones del escritor con la política, y que se expresa de forma casi única en la práctica del periodismo.⁸

Suele ésta considerarse hermana menor de la creación artística y, en realidad, lo es, si la analizamos desde la perspectiva de una acción creativa. El objeto de su propósito y los medios expresivos empleados para su realización afectan su entidad en el plano imaginario. El periodista quiere decir algo (dar una noticia verdadera o falsa, comunicar una opinión) y ser comprendido. Todos los libros de estilo empleados en la profesión parten de aquí y rechazan la expresión vanguardista inteligible sólo para unos pocos iniciados.⁹

7 En estos casos el soporte expresivo suele ser conservador, por la necesidad de ser comprendido entre un público amplio y no necesariamente atento ni conocedor del lenguaje literario más vanguardista y rico en valores genuinamente artísticos. Consideración a parte merecen los creadores que transponen una mentalidad o una concepción ideológica que aflora en la estructura interna de sus obras. Los estudios de Lucien Goldmann sobre Racine y Pascal, estableciendo la interdependencia de sus obras literarias con el pensamiento jansenista, son un modelo de lo que acabamos de afirmar.

8 El empleo de las publicaciones periódicas como medios de comunicación de ideas (en su inicio disidentes), ha sido estudiado con amplitud. Incluso los aspectos propagandísticos de la información periodística en la redacción de las noticias. En este aspecto resulta interesante recordar la actualidad de la cuestión analizada recientemente por el profesor Pizarroso en varios trabajos, entre los que destacaremos *La guerra de las mentiras*, Madrid, 1991.

9 En efecto, una publicación puede ser "surrealista" en su contenido (produce apreciaciones y noticias tan disparatadas que más pertenecen al universo imaginario de sus autores que a la descripción de hechos), pero nunca en su forma, con la excepción del humor (no la ironía) que es en realidad expresión literaria incrustada en las páginas de los periódicos por razones circunstanciales.

El objetivo del periodista es comunicar aspectos reales (por muy inverosímiles que parezcan) de la experiencia humana. En ello se acerca a una tradición de la literatura: aquella que cultiva lo inverosímil y narra las circunstancias excepcionales de una vida o un hecho para conocimiento y memoria de la comunidad. Pero no olvidemos que el escritor literario crea un complejo universo, que arroja y explica la circunstancia de los acontecimientos narrados, el cual se convierte, además, en objeto de la creación. El escritor periodístico se centra en lo narrado, para --con mejor o peor estilo-- comunicarlo de modo eficaz y palmario.

Bordea este propósito los límites de la didáctica (muestra hechos, personas, circunstancias) y de la ensayística (construye opiniones, las contrasta o elabora), y, con ambas disciplinas, se acerca también a la política cuando ésta se cifie a la descripción del estado de las cosas, y la posibilidad de transformarlo en base a unos principios elaborados desde una forma concreta de concebir la realidad. En este contexto debemos situar la conexión establecida, desde el siglo XIX, entre ejercicio periodístico y acción política.

Este campo, en el que coinciden una y otra profesión, aún (a veces miserablemente) o enfrenta (siempre de forma lamentable si se pretenden usurpar las funciones de cada una), a estos dos sectores profesionales, que constituyen un elemento esencial para la libre convivencia civil.

Conocedores de la influencia enorme que los escritos en la prensa periódica podían ejercer sobre la opinión pública, y situados en la tradición de los escritores liberales y afrancesados expulsados por la Corona a principios del siglo XIX, la práctica de la escritura se generaliza entre la clase política, y de sus filas, más que de los catálogos que registran la nómina de los escritores, nace lo que actualmente constituye la profesión periodística.

En efecto, la literatura crea universos de ficción en los que la descripción realista de personajes, ideas y circunstancias son (ya no cabe la menor duda) elementos accidentales. De aquí que, aprovechando su conocimiento de las normas y virtualidades de la lengua que manejan en su profesión de escritores, algunos de entre ellos se destacaran e hicieran notar por un público distinto de quienes ya los leían de modo continuado, por ser lectores habituales de literatura. Ese "gran público" los descubría, injustamente, como portavoces de una idea que, además (y ello escapaba

a este contingente de nuevos y circunstanciales lectores) expresaban con valor y eficacia técnicas.

La coexistencia de ambas prácticas en destacados personajes decimonónicos, impulsó a la naciente clase política de talante liberal, a emplear la comunicación literaria. No debemos olvidar que se trataba de profesionales destacados e inconformistas que podían desarrollar y aplicar los también balbuceantes medios materiales de publicación. Y ello para manifestar y propagar un mensaje. Todo hace pensar, pues, que realmente estaban más interesados en la utilización de esos medios de comunicación, que preocupados por llenar sus páginas con una excelente lengua literaria.¹⁰

Sin embargo el prestigio de las letras persistió, al menos entre los objetivos proclamados en la mayoría de las publicaciones. La herencia liberal fue recogida entre la izquierda radical española (anarquistas, socialistas, comunistas...) subrayando la importancia de una buena formación intelectual de sus militantes políticos, al menos suficiente para poder elaborar "artísticamente" (es decir, con estilo literario y formación humanística) su discurso político.

En ello se continuaba la gran tradición enciclopedista, ampliada por la posibilidad real de poder crear, poseer y controlar medios de expresión de mayor o menor circulación.

Tenemos pues, esbozada la génesis del escritor político y el lugar donde esa escritura debe colocarse, en el marco de la literatura, así como el espacio impreso que debe ocupar: las revistas y los periódicos cuya eficacia reside en la urgencia del mensaje y su circulación. Se trata de "informar" o "elaborar opinión" con los medios más adecuados. La eficacia del mensaje no está sólo en su contenido, sino en la rapidez de

10 En este sentido, conviene recordar las conocidas páginas de Vicens Vives:

En 1820 surgieron muchas publicaciones periódicas, la mayoría de vida corta y título contundente, como los madrileños *El Garrotazo*, *El látigo*, *El Zurriago*, *El Trabuco*. Mayor sentido de la responsabilidad periodística tenían *El Universal* y *El Censor*, dirigidos por antiguos afrancesados, que atacaban el liberalismo exaltado.

In *Historia social y económica de España*, Vol. 5, *Los siglos XIX y XX*, Barcelona, 1972, pág. 407.

la comunicación y la extensión del proceso. De aquí que, estilísticamente, el escritor político deba asegurar la comprensión de su lenguaje por parte de un público amplio e indiscriminado, y la comunicación de contenidos, más que la elaboración de un universo imaginario propio, coherente y rico, según hemos señalado ya más arriba, cuando nos referíamos al carácter estilístico conservador de la escritura política.

De todos modos, resulta obvio que, para acceder a la capacidad de comunicar, es necesario antes aprender las técnicas básicas de la expresión literaria. De aquí que, precisamente, una sólida formación humanística fuera condición deseable (todavía lo es en algunos países) para el éxito entre la clase política. Se podía adquirir esa ciencia de modo académico (los planes de estudio de la época revelan la importancia dada a las humanidades), o de forma autodidacta, a través de la lectura o frecuentando los círculos e instituciones culturales (tertulias, ateneos, etc.)

Se podría pensar que, en aquellas circunstancias los periodistas eran los mismos políticos: su palabra escrita analizaba de forma exacta, rica, ocurrente y eficaz, la realidad desde su propia ideología. Este es, sin duda, el caso del alterego que firma los *Comentarios* de Gabriel Pradal.

Ahora bien, cuando la ideología se desvanece o no existe, aparece el periodista, con su proyecto de objetividad, comunicando circunstancias. Repite, aprueba, critica o manipula lo que hacen, analizan o pretenden realizar sus homólogos políticos, a partir de una concepción ideológica propia. Esta circunstancia define la objetividad del político que escribe: el lector sabe a qué atenerse, pues conoce los presupuestos del autor. No así en los medios periodísticos que se definen como independientes. En ellos se presenta, con perfiles absolutos, un texto que podría traicionar su objetividad y producir un efecto contrario a los principios proclamados por la publicación en que aparece, consiguiendo con ello la manipulación y desinformación del lector.

Si examinamos algunos de los capítulos que constituyen la historia del periodismo "con causa" en España, observaremos la evolución del escritor político al periodista que insinuábamos antes.

Desde la primera mitad del siglo XIX, se suceden las publicaciones periódicas que encarnan y esparcen un pensamiento político a veces partidista. Al margen de los órganos de expresión de los partidos

políticos, las centrales sindicales, y los colectivos religiosos, profesionales o patronales, florecieron las publicaciones "independientes", en cuyas redacciones se formó y/o templó toda una generación de políticos, como fue el caso de *El Sol*.

La acción política se puede pues realizar, como hemos venido viendo, a sus anchas, en las columnas de los periódicos, empleadas por facciones o líderes que deseaban influenciar una decisión.¹¹

2. La práctica literaria de Gabriel Pradal

De todo lo que antecede se desprende que, lógicamente, el Gabriel Pradal joven pensaba, como así lo demostraría, que su futura profesión política estaba directamente ligada a una excelente formación profesional y una sólida capacidad de expresión literaria. Por ello, sin duda, le interesó probar su inspiración y su capacidad de comunicar en la prensa periódica. Sus primeros escritos publicados, mostrarán un claro objetivo: conocer y emplear técnicas y modos de expresión eficaces en el terreno de la comunicación escrita. Como ya hemos señalado, Pradal reconoce la necesidad de esta doble formación profesional y humanística, y para adquirir ambas habilidades realizará esfuerzos desde los primeros años de su actividad intelectual, según veremos más adelante.

Conviene, sin embargo, recordar en este punto de nuestra introducción a sus artículos periodísticos, la ya citada dedicatoria que Pablo Iglesias, el "abuelo" del socialismo español, escribe a Gabriel Pradal, señalándolo como "obrero intelectual". "Obreros intelectuales" o "intelectuales obreros" era una definición que más señalaba el compromiso político de los militantes socialistas, que su práctica en la actividad intelectual. Bien es verdad que, sólo en raras ocasiones, una y otra se apartan, pero debemos establecer el alcance de este concepto, cuya noción sería revalidada por el entonces joven Pradal en una vida larga y dedicada a la causa de la política socialista.

¹¹ Tal fue, por ejemplo, el caso de Pablo Iglesias, ausente del Congreso donde se debatía la adhesión del PSOE a la III Internacional, pero publicando en la edición de *El Socialista* correspondiente al mismo día en que se iniciaban los debates, un artículo que proclamaba su oposición al proyecto. Véase, la *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Labor, Barcelona, 1985, Vol. VIII, pág. 518.

Los primeros años de nuestro siglo producen en la sociedad almeriense un ambiente de cierta animación cultural, que no destaca entre los que desarrollan otras capitales provincianas durante el cambio de siglo.¹² Conviene, sin embargo, recordar que esa efervescencia moderada, significa una inserción evidente de la ciudad y de sus gentes en el enorme movimiento de modernidad, que afectó a todo el país, como consecuencia de la crisis del fin de siglo. En la sociedad almeriense de la época, claramente estratificada, se va abriendo camino un nuevo grupo de comerciantes, exportadores y profesionales liberales, muchos de ellos al servicio de las empresas mineras de la zona. Esta multiplicación de los profesionales liberales, significa la aparición de una sociedad local, en gran parte conservadora y ligada al sistema político restauracionista.

Su padre era delineante del Ayuntamiento de la ciudad, y sus recursos, como bien ha señalado Jiménez de Asúa, no permitían que el joven Gabriel Pradal pudiera realizar la vida de estudiante desahogado e inconsciente, que llevaban los hijos de las familias provincianas en las ciudades donde realizaban sus estudios universitarios. Situado en una posición de desventaja social, su sensibilidad y su enorme voluntad se impondrán a las claras dificultades de su vocación profesional. Es evidente que su espíritu se inclinaba a la creación (la elección de esta carrera de Arquitectura, tan técnica y, al mismo tiempo, abierta a la creatividad en un siglo que debe redefinir todos sus conceptos), y ello en un ambiente donde resultaba difícil evitarla. En efecto, la agitación cultural del momento no sólo afecta a las instituciones, sino que se manifiesta en la floración de un grupo de escritores locales de excelente factura, entre los que destaca el poeta Paço Aquino. Más aún, la relación de los artistas locales con el mundo de la creación exterior a las fronteras provinciales, está asegurada por la amistad y la estrecha comunicación que se mantiene con el poeta almeriense, afincado en Madrid y muy activo en la vida literaria del momento, Francisco Villaespesa.

¹² La cuestión ha sido estudiada con alguna amplitud por varios investigadores y eruditos locales. Sin embargo, destacaremos los trabajos realizados por la profesora Josefa Martínez Romero, dedicados a la vida cultural de Almería durante esos años, y, especialmente, su tesis doctoral defendida en la Universidad de Granada en 1990, *Vida cultural y literaria en Almería (1875-1910)*.

La relación con el poeta, excelente poeta modernista, afectará, sin duda, al joven Pradal en el momento de redactar su primer poema, publicado en el periódico local *El Radical*, el día 24 de Octubre de 1911:

El entierro de las flores

*Cruzando van el campo, y mustio y desolado
montones de hojarasca con áspero rodar;
el viento los empuja furioso y esforzado
en ráfagas ardientes de tétrico bramar.*

*Su rápida carrera, su caminar danzante
a intervalos detienen en corta desmayez,
y luego, enardecidos, con fuerza más pujante
en nubes polvorientas se yerguen otra vez.*

*Y al paso que, veloces, recorren su camino,
acrécese su furia cual si un vehemente afán
con fuerza los lanzara, tenaz, a su destino;
al término ignorado donde ligeros van...*

*Tal es lo que ha quedado de aquella Primavera,
de la estación florida que ha poco desbordó
raudales de hermosura por la feraz pradera,
que en un Edén inmenso su magia transformó.*

*¡Que aquellos son sus restos! ¡Que aquellas son sus flores!
¡Las que las galas fueron de su esplendor de ayer!
¡Aquellas que, al conjuro de mágicos colores,
efluvios de alegría brotaron por doquier!*

*Yo he visto la campiña cuando ellas la adornaban
con gusto incomparable, con arte sin igual,
y el aire he respirado que de ellas perfumaban
los hálitos suaves de aroma celestial.*

*Yo he visto sus corolas lucentes cual estrellas
rociando¹³ en torno suyo su célico fulgor,
y he visto, fascinadas, flotando sobre ellas
brillantes mariposas con vuelo temblador.*

*La áuras impulsando sus tallos vibradores
mecíanlas blandamente con lenta magestad
y un armoniosos coro de pájaros cantores
mil notas desgranaba con dulce suavidad.*

*Y el Cielo transparente tendíase por la altura
sereno, immaculado, cual un digno dosel
que, terso, reflejaba la espléndida hermosura
que el campo le ofrecía postrado bajo de él.*

*¡Y son aquellas flores que sonreían al Cielo
las que, desenfrenadas, en su carrera van,
crujiendo al triturarse por el desnudo suelo
al denonado embite del rápido huracán!*

*Allá va en torbellinos la ya deshecha escoria,
los restos deleznables, en loca confusión,
de toda la poesía de la pasada gloria
que el ánimo recuerda cual mágica visión:*

*De alegres carcajadas, de flores rutilantes
que en los cerrados cálices la aurora hizo estallar.
De la realeza altiva de rosas destunbrantes.
De la silvestres flores que nadie hace sembrar.*

13 En el texto publicado, aparece 'raciando' por 'rociando'. La corrección es nuestra. N. del E.

*El campo ya está triste; perdió con la hermosura
la luz de su alegría, su espléndido¹⁴ reir.
En un desierto páramo, aquella gran llanura,
dejaron convertida las flores al morir.*

*No encuentran ya los ojos paisajes de otros días
radiantes de belleza, de luz y de color.
No alegran al oído suaves melodías;
la fronda amarillenta dejó ya el ruiseñor.*

*¿Qué fue de aquellas tintas de tonos exquisitos
que Mayo, inimitable, brotó de su pincel?
¿Qué de las bellas formas de moldes infinitos
que un tiempo produjeron el campo y el verjel?*

*No quedan ya vestigios del esplendor pasado;
- la efímera existencia de su alegría fugaz
las flores consumieron como ensueño dorado
que cruza por la mente en las horas de paz.*

*El Sol con sus ardores quitóles la frescura;
con cálidos destellos, falaz, las abrasó,
y el céfiro, al besarlas con lánguida dulzura,
deshizo y por el campo sus restos dispersó.*

.....

*Allá, entre densas nubes de polvo amarillento,
ahogando en la distancia su triste crepitar,
se alejan las cenizas del mágico ornamento
con que la Tierra, un día, se quiso engalanar.*

14 En todos los casos, aparece en esta publicación esta curiosa y persistente grafía: 'expléndido' por 'espléndido', que no mantenemos en el texto. N. del E.

*Allá van caminando por ásperos rastros;
va siendo su carrera más fuerte, más veloz.
Allá van de las flores los rígidos despojos:
los ecos ya se extinguen de su gimiente voz.*

*¡De qué modo tan triste las flores acabaron
su vida, su alegría, el esplendor aquell...
El aire que ellas mismas un tiempo perfumaron
con bárbara fiereza arrástralas cruel.*

El poema recoge elementos claramente modernistas en su factura, pero, sobre todo, capta el espíritu del momento haciéndose eco de las ideas que marcan el principio de nuestro siglo. La imagen de una época que se desvanece entre los desechos de su propia floración está totalmente enmarcada en el sentimiento melancólico de la estética simbolista, cuya herencia maneja en este poema, aparecido en el periódico citado bajo la rúbrica general de una sección titulada "Musa almeriense".

Ese pesimismo estético del poema, tan adecuado al estilo literario en que está inserto, se mantiene en el segundo que publica, también en el periódico almeriense *El Radical*, el 25 de Noviembre de 1911. En éste, sin embargo, aparece un elemento de optimismo, que se aparta del sombrío y sereno ambiente del bosque, en forma de una canción, insertada en la descripción interiorizada del entorno. La voz humana que se le supone, la voz del poeta, recoge una tradición literaria que ya está en los poetas renacentistas y que William Shakespeare dramatizó en el *Sueño de una noche de verano*, estableciendo en aquella obra el carácter de recorrido interno que el creador realiza por los sueños, los deseos y los terrores del ser humano, sorprendido por el despertar de su propia conciencia. En el bosque de Shakespeare están los sátiros, los infelices mortales y el reino de la sensualidad que Pradal encontraba entre los poetas que Valle-Inclán denominó 'turba', con la grave ironía de la autodestrucción. El bosque de Pradal es un lugar cuya identidad parece confundirse con el estado de las cosas en la Almería que conoció durante sus años mozos. El final de la canción central, que constituye el corazón del poema, es una figura retórica, pero también un proyecto de futuro, que

el escritor abrazaría con una entrega total a la vocación política, desde la que deseaba articular un nuevo mundo, nacido de los misteriosos designios que urdieron el pasado.

El eco del bosque

*En los antros ignotos del bosque,
do la paz tiene oculto su reino,
del ambiente, la plácida calma,
ha formado un lugar de misterio.
Su techumbre, de artísticas bóvedas
que sustentan los troncos esbeltos,
y la pálida luz que se filtra
a través de ramajes espesos,
en la calma le prestan al bosque,
de una cripta el carácter severo.
Lentamente a distancia, ha nacido
un rumor de dulcísimo acento;
y, al rasgar la quietud de los aires,
leve canto modula a los lejos:*

.....
*"Gloria al bosque, en la paz de su siesta,
a la augusta mansión del silencio.
Gloria al bosque de frondas sombrías,
donde juegan, ocultos, los céfiros,
donde cruzan aladas visiones,
donde flotan los mágicos sueños,
donde voces de suaves cadencias,
perceptibles, apenas, sus ecos;
hablan, quedas, a aquel que las oye,
de un tesoro de gratos recuerdos,
de ilusiones, de amor, de venturas,
de tristezas, de cosas que fueron..
¡Gloria al bosque! ¡Soñad!, os invita
el ambiente de vagos misterios."*

.....

*En el gran laberinto del bosque
del rumor se han perdido los ecos
y otra vez, sus oscuras cavernas
han quedado en profundo silencio.*

Es evidente, que Pradal se mantiene en el campo estilístico del modernismo, y no se acerca a la literatura de carácter social que, por aquellos años se expresaba entre los autores de claras convicciones izquierdistas (recordemos a Galdós y a Dicenta, por ejemplo), y en la literatura de carácter rural, defensora de los valores de un campesinado explotado y a punto de ser despojado de su propia identidad. En la Almería de Pradal, también escriben José Jesús García y José María Martínez Álvarez de Sotomayor.¹⁵ Aunque no parece existir duda sobre el carácter progresista del primero, y sí sobre la mentalidad del segundo, lo cierto es que a Pradal le interesa la musa modernista, y ello por varias razones. En sus escritos, descubriremos que la literatura, para él, es -ante todo y sobre todo- un modo de autoformación en el terreno humanístico. Como ya hemos señalado en otros lugares, es notorio cómo existe una masa de seguidores importante entre las clases trabajadoras para el teatro poético, de marcado sello simbolista, que cultivó, entre otros, su paisano Villaespesa. El modernismo significaba, como ha señalado recientemente Octavio Paz, el acceso a la modernidad. Su palabra vibrante, las imágenes que derrochaba, eran formas de enfrentarse al futuro, rescatando los sonidos del pasado romántico, redivivo en los acordes estilísticos de la nueva escuela. Por otra parte era un estilo *en acción* para la comunicación colectiva, y de enorme eficacia formativa para la oratoria. También destacaba por su extraordinario sentido de la comunicación y la

¹⁵ Sotomayor escribe bajo la influencia del modernismo su primer libro, *Mi terrera* (1913), pero irá evolucionando hacia la poesía ruralista de carácter dialectal, hasta instalarse en ella con su libro *Rudezas* (1921). La influencia le llegó al poeta de Cuevas del Almanzora del cercano Vicente Medina (1866-1937), aunque la práctica poética rural ya existía en Gabriel y Galán (1870-1905) y seguiría con Luis Chamizo (1889-1944). Para lo referente a esta cuestión, remito al lector al libro de Joan Pierson *El poeta Sotomayor en su marco: el final de un orden*, Almería, 1986.

gran eficacia con que instrufa a sus cultivadores en el uso de un lenguaje versátil y rotundo, y en el manejo rápido de las ideas que podían expresarse con palabras. Su tono heroico conminaba a la arenga política, y era escuela de comunicadores.

Aunque también se asienta en esta tradición estilística, parece evidente que en su tercer y último poema recogido, Pradal está dejando paso al mundo de lo personal con una alusión a la realidad de su yo enamorado, que se desgrana al borde de "tu azotea", y que tiene ecos machadianos. El motivo poético de las palomas en el paisaje almeriense (que en los últimos años ha interesado a José Angel Valente, cuando aludía a nuestros suffis, testigos del mismo vuelo de las mismas palomas), es habitual y constante entre nuestros escritores y debería explicarse de modo oblicuo: las palomas son la libertad prisionera. Libres para volar en el cielo que se circunscribe a los límites de un hogar al que están atadas de modo indisoluble. El poema que publicamos a continuación, apareció en el mismo periódico que los dos anteriores el día 7 de Enero del año 1913.

Las palomas

*Del templo en los tejados ya centenarios
las palomas desatan cien explosiones
y al alzarse semejan condensaciones
del humo que desprenden los incensarios.*

*En su vuelo rebasan los campanarios
y, sondando el abismo de altas regiones,
se pierden cual si, locas, sus expansiones
las llevasen a sitios imaginarios.*

*Desde do el limpio cielo su albor esfuma,
como copos flotantes de blanca espuma
descienden y en el aire su vuelo ondea,
y al buscar el descanso de sus viajes,*

*formando un torbellino con sus plumajes
se desgranán al borde de tu azotea.*

Los tres poemas que preceden son los únicos publicados por Gabriel Pradal.¹⁶ Sin embargo, pronto empezarán a ver luz sus artículos periodísticos en cuya redacción mantiene una demostrada vinculación con los estilos literarios del momento. En su voluntad de estilo, aparece una evidente intencionalidad literaria que sobrepasa los límites de la pura forma, para buscar en ella la formulación de contenidos acordes con una decidida actitud política progresista.

El primero de los artículos que aquí publicamos se sitúa en lo que constituye el marco general de una actitud regeneracionista. Recupera Pradal la prosa descriptiva y maneja elementos de clara intención emocional, presentes también, al menos en sus ecos, en los versos con que Machado revela el hastío, la apatía y el descaro político, imperantes en las provincias durante la Restauración. Probablemente es ese desolador marco el que inspira la imaginación del Pradal que escribe, y que encontrará su camino expresivo más brillante en su dedicación a la política. Ella está ya presente de modo central en estos artículos, y aparecía, velada aunque evidente, en los poemas que hemos recogido.

Publicado también en *El Radical*, el 9 de Julio de 1913, el artículo que a continuación reproducimos es, por su temprana fecha, el primer antecedente de los posteriores *Comentarios*, porque en él Pradal plantea abiertamente un punto de vista y unos conceptos que, decididamente, le sirven de partida para su expresión literaria.

Paseando

*He recibido la visita de un amigo forastero. Es
estudiante y de estudios que nos son comunes, nace*

¹⁶ Como ya hemos señalado en la nota 1, debemos este material y los datos que manejamos a Gemma Pradal. De estos poemas ya teníamos noticia, como así de otros inéditos que conserva la familia. El material publicado aquí es el único que se imprimió, según informa su biógrafa.

nuestra amistad; es un muchacho de unos veinte años, que se divierte lo que puede y que cree que las ansias de vulgares diversiones no son por sí solas distintivos de juventud, sino que para que esta sea noble y encierre el embrión de un avance intelectual, ha de interesarse por el estado de la sociedad que lo rodea; ha de ser un tanto quijotesca, que sienta la sugestión de ideales más o menos utópicos, mirados por encima de la vida que se arrastra a nuestro lado, y a los cuales levanta la vista para limpiar el espíritu de la contaminación de las miserias que bullen a nuestro alrededor.

Muchas veces, en el lugar de nuestros estudios, hemos hablado, unas en broma, otras en serio. Congeniamos y somos buenos amigos. Está de paso en esta ciudad a la cual no conocía, y como un deber muy indicado, me he impuesto el de enseñarle la población. Hemos ido de un lado para otro y al fin lo he llevado al puerto; no había visto el mar y esto le ha hecho más grato el paseo; además desde allí se contempla de una ojeada el panorama de la urbe.

Por el camino, mi amigo --muy observador-- me ha comunicado algunas de sus impresiones. Viendo lo descuidada que está la población, ha sacado la consecuencia de que sus habitantes son muy apáticos, en lo cual se ha afirmado al ver los innumerables polleros que cubren los costados de nuestro paseo principal.

En su afán de escudriñar, me dice:

-Oye quisiera conocer vuestro Ateneo; ¿quieres que vayamos esta noche? ¡Porque supongo que lo tendréis!

-¿Ateneo dices? No hijo, no; aquí no tenemos Ateneo ni cosa que lo parezca. Hace pocos años sí hubo uno que llamaron Ateneo y que tuvo algunos indicios de tal; pero no tardó en venir a tierra e inmediatamente se levantó sobre sus ruinas y en el mismo local un punjante centro taurino.

-Si procuran agarrarse a algún D. Fulano de rastrera política que por aquí se gastan, forman en la comparsa que lo adula y eleva, los sirve con indignos chapuces cuando llegan las elecciones, y al fin obtienen el perseguido sueldo que no pocas veces ha sido el de un guardia municipal rebajado de servicio...

Pero dejemos el asunto. ¿Qué te ha parecido la población?

¿La población? Bonita; digna de mejor suerte. ¡Yo que hubiera querido pasar al menos parte del tiempo en una población como esta! Me gusta para cruzar por ella; para dar un paseo a su mar; para los ratos en que se desea estar solo, sin relación con nada exterior; pero eso no es el todo. Ya conoces mi carácter e inclinaciones. Aquí la colonia juvenil, sobre no constituir el baluarte de la cultura y el progreso, sólo inspira tristes consideraciones sobre la regeneración de la Patria. No es que esta juventud constituya una señaladísima excepción entre la de la nación entera; pero sí se distingue un tanto de la generalidad.

Calló un poco; miraba al puerto que abandonábamos después se volvió a mí.

-Desengáñate, amigo mío: tendremos que remitir las esperanzas de redención a otras generaciones que aún no han nacido.

Esta mañana he estado a despedir a mi amigo. Al darle la mano poco antes de que el tren arrancase, le dije:

-Aún nos veremos muchas veces.

-¡Claro! tu irás por allí.

-Así lo espero; pero ¿es que tú piensas no volver por acá?

-No me atreveré a decir tanto. ¡La suerte es tan caprichosa!

Como podrá observarse en el artículo que sigue (publicado el 9 de Enero 1918, en otro periódico almeriense, *El día*, que se definía como

“defensor de las izquierdas democráticas”), Pradal emplea con acierto los temas y el lenguaje más optimista de la tradición modernista. El tema del artículo, de evidentes resonancias así machadianas como del más vibrante Rubén Darío, se expresa a través de imágenes y conceptos empleados con clara voluntad política. El futuro está definitivamente, para Pradal, en la acción. Sus objetivos literarios serán ya decididamente políticos, aunque pueda expresarlos con un estilo que no constituye, en sí, el objetivo de su prosa, aunque sí un vehículo sólido para su pensamiento.

Juventud

Juventud: Si una mañana abres el balcón y contemplas el haz sereno del cielo, y luce el Sol, y sientes que en tus ilusiones nacen brotes nuevos; si entonces llega hasta ti la tufarada de la calle con hedores de injusticia, y percibes los clamores del descontento y sientes que se turba el vuelo de tus ánimos, piensa, sin abatirte, cuán hermoso sería que, cuando mañana volvieras a asomarte, no sintieras la tufarada, y en el espejo infinito del cielo vieras reflejada la justicia de la tierra y la alegría de la Humanidad. Piensa en ello y aspira a conseguir ese mañana; no renuncies a tus fueros: juventud sana es confianza ilimitada en sí propio. No dudes del poder redentor que hay en tu fuerza; piensa que los mantenedores de la abyección no son invencibles gigantes: que son, apenas, pellejos de vino incapaces de resistir la lanza de don Quijote.

Optimismo, altruismo, voluntad: Son fuerzas que han de tener su centro en tu corazón; que han de hacerlo latir con el ritmo hermoso de la vida nueva; que han de dar como resultante la rebeldía contra lo injusto y contra lo feo. Optimismo: confianza firme en el triunfo del bien. Altruismo: dignificador del bien anhelado. Voluntad: poder ejecutivo de los dictados de la conciencia. Unidlos en vuestra alma como trinidad salvadora

y os sentiréis fuertes y alegres. Cuando sintáis el digno orgullo de vuestras conciencias habréis desechado las vanidades perniciosas.

Al llamamiento de la Patria enferma tienes el deber de acudir; sin embargo, no acudas por deber sino por amor; por espontáneo impulso de tu ánimo. Cuando en marchas triunfales vayan las mesnadas de la juventud en conquista de la justicia, la Patria va a ser salvada.

Sobre las brumas del horizonte luce al sol magnífico de la Rebeldía: ábrele tu alma, juventud.

El tercer artículo que recogemos a continuación, entre los trabajos literarios que constituyen la "prehistoria" de los *Comentarios de Pericles García* que aquí presentamos, tiene doble interés. Recoge un elemento propio de la tradición literaria que constituyó uno de los más brillantes y avanzados fenómenos del momento, el *noventayochismo*, y --por otra parte-- representa la primera aparición del alterego --Pericles García--, con que firmará sus artículos publicados en *El Socialista*.

Este seudónimo representa, a nuestro modo de ver, todo un proyecto de orden ético y político. En efecto, el legislador y mandatario griego encarnó los ideales del sistema democrático hasta tal punto que su figura modélica concitó un enorme y unánime interés entre los pensadores y políticos de los nuevos regímenes europeos. Su importancia no pasó desapercibida a Pradal, quien en la adopción de este nombre quiso, sin duda, hacer referencia a la figura histórica del político, apellidado aquí con un nombre popular como García, para insistir en los principios sociales en que creía. Los textos sobre Pericles son muy abundantes, pero hemos querido recoger algunos de Hegel, asequibles a Pradal, en los que se destaca el carácter modélico de aquella figura histórica, en el contexto de los nuevos ideales democráticos.

La unidad de este espíritu [ético], que aparece manifiesta en las resoluciones sobre los negocios públicos, fue creada por los estadistas y sus arengas públicas. Entre ellos descuella Pericles, el político más grande de la Edad antigua y moderna, verdadero

carácter plástico. El bien y el honor de su patria fueron su único fin; esta sola idea le hace plástico; su vida entera, con todas sus circunstancias, perteneció a estas ideas. Se consagró exclusivamente al grave cuidado de los negocios de su patria; nunca rio, ni se entregó a un placer, ni asistió a un banquete desde el día en que se hizo hombre público. No podemos menos de rendirle la más alta admiración. Dominó con el poder de la palabra y con la prudencia de la conducta sobre el más culto y ligero de los pueblos. No cabe puesto más difícil que el suyo. Exclusivamente por su talento, su personalidad y la convicción que despertó de que era un hombre en absoluto noble, atento sólo al bien del Estado y superior a los demás por su espíritu y conocimientos, llegó Pericles a tan alta consideración y autoridad que Aristófanes le llama el Zeus de Atenas -y esto, en un pueblo que de todos los grandes sentía envidia y que no toleraba ni la vulgaridad ni la doblez. No podemos equiparar con Pericles a ningún estadista bajo el aspecto del poder de la individualidad.¹⁷

Es evidente que Pradal está pagando aquí tributo a una moda literaria, cuyo espíritu impregnó a lo más granado de su generación. José Carlos Mainer así lo ha visto y estudiado en varias ocasiones, contraponiendo esta actitud a la más moderna y desvinculada de la tradición ruralista, que expresó el grupo “fraguado en torno a Ortega y Gasset”.¹⁸ Este artículo apareció también en el periódico almeriense *El día*, aunque fechado en Burgos, el 10 de Febrero de 1918.

17 G. W. F. Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, págs. 472 y 473. La admiración que expresa este texto de Hegel por la figura de Pericles, se encuentra en otros lugares de sus lecciones (págs 468 especialmente). Siempre insiste Hegel en el carácter moral de la persona pública, lo que cuadra muy bien con el político Gabriel Pradal y podría servir de marco para no pocos debates en la actual política española.

18 En las páginas 549 y siguientes del Vol. IX de la *Historia de España*, dirigida por Tuñón de Lara que ya hemos citado, Mainer presenta una visión panorámica excelente para quien desee aclarar más el efecto y la amplitud del fenómeno que comentamos.

Pueblos de Castilla

En estos campos de la vieja Castilla, en cuya monotonía apenas hay un matorral en donde pueda enredarse la mirada, es el tren, que cruza silbando, el nuncio de una vida intensa que apenas rasca en la curiosidad de algún solitario labriego que, para mirar, detiene la yunta.

Para el viajero apenas se manifiesta la vida sino en alguna bandada de negros pajarracos que levanta su parado vuelo.

Alguna vez pasa el tren ante un amazotado de casucas, un pueblo de Castilla, de perfil duro y sombrío, de casas de color de la tierra y de torre cuadrada de ladrillos pardos, ante cuyas calles parece detenerse aterrada la luz del sol.

En la portezuela de una casa hay un hombre viejo, con larga capa y redondo sombrero; con sus pequeños ojos parece mirar despreciativamente al tren. La capa, el sombrero y la cara del hombre son pardos, casi achocolatados, como las casas y como la tierra.

En estos pueblos habrá un cura, habrá un maestro y hasta un juez municipal; lo que no habrá es alegría entre los terrosos adobes de sus paredes. En los días radiantes de sol pasará sobre ellos el pájaro de la alegría sin abatir su vuelo, sin que lo atraiga el cimbel de un árbol, de una flor ni de una mujer endomingada. Cuando anochezca, mientras tañe el lúgubre esquilón de la torre, hombres y mujeres irán a la iglesia en donde un cura de frente oscurecida les hablará de la muerte y de las falacias del mundo que diariamente viene a tentarlos desde las ventanillas del tren que pasa.

Y corre el tren y van quedando atrás otros pueblos. Algunos están lindantes con sus pequeños y medio derruidos cementerios tristes...

Ya hay árboles, va aumentando su número, se convierten ya en bosque; y, mientras el tren silba

anunciando su arribada, miro por encima de los árboles como se clavan en el cielo las flechas de la Catedral de Burgos.

En los escritos que preceden, Gabriel Pradal muestra de modo diáfano su interés por la escritura y, sobre todo, su capacidad de conocer tanto los estilos literarios de su época, como los contenidos de los mismos y la capacidad expresiva que encierran para posibilitar la atención de un público determinado. En el fondo de todos ellos está siempre presente el pensamiento en gestación del político. Su modo de reaccionar ante las señas de la cotidianidad, su atención a las contradicciones del sistema restauracionista, y su enfoque personal de los problemas que trata, se mostrarán de modo palmario en el artículo que recogemos a continuación. En él aparece el Pradal político que se expresa con soltura, atiende a los detalles y los introduce en el relato cuando le sirven para obtener el fin perseguido en su escritura. Aparecido también en el periódico almeriense *El día* (14 de Mayo de 1918), está fechado en Madrid porque, durante algún tiempo, Gabriel Pradal fue corresponsal de este periódico de "izquierdas democráticas" en la capital, lo que también explica las alusiones a otros artículos anteriores relacionados con Besteiro.

*El hombre sabio
Hablando con Besteiro*

Ser sabio es algo difícil, ser "hombre" es poco raro; ser "hombre sabio" es cosa tan inusitada, que encontrar uno de tales ejemplares; deja una señal inextinguible en el haz de mi memoria. Uno de ellos es don Julián Besteiro. No tengo adquirida esta convicción en el pasado mes de Agosto, ni durante la estancia en el penal, de los que traté, antes aún de haberme apercebido de que era Besteiro mi interlocutor. Difícilmente se encontrará un hombre de trato más agradable y afectuoso y, sin embargo, a través de sus más sensibles conversaciones, se adivina siempre una conciencia recta, erigida en juez permanente de sus pensamientos. Tan convencido estaba yo de que, estan-

do en Almería durante la célebre huelga, no vacilé en contestar con un cordial "¡mentira!", a quienes repetían las calumniosas informaciones de Sánchez Guerra.

Quise estrechar las manos de estos hombres el día de su llegada a la Estación del Mediodía; no pude lograrlo y casi tuve una satisfacción en verme hurtado a ello, por la gran masa de obreros que se apoderó de sus caudillos y los rodeó en mesnada gigantesca, noble y pujante. Fue un día espléndido en el cual las banderas, enarboladas en fiesta oficial por las absurdas prerrogativas de un príncipe, eran los alegres gallardetes de una fiesta de libertad reivindicadora de unos adalides de la democracia.

He dejado pasar unos días sin querer contribuir a privar a don Julián Besteiro del reposo doméstico que tanto habrá anhelado, y al fin esta mañana me he decidido a visitarlo.

Lo espero en su despacho. Frente a mí, sobre una mesa, está uno de sus retratos hecho en el penal. Suspendido sobre él, en el lugar preferente, está el retrato de don Francisco Giner de los Ríos, aquél santo laico cuya memoria veneran cuantos fueron discípulos suyos en la institución libre de Enseñanza.

Sale don Julián. Está admirablemente de espíritu y de cuerpo. El cambio de clima ha producido en él una saludable influencia y se encuentra mejor que antes. Su rostro completamente rasurado parece haber rejuvenecido; en cambio ha aumentado notablemente el número de sus canas. El no da importancia a este detalle. Su conversación afectuosa inspira siempre una gran confianza y hablamos animadamente hasta que nuestra conversación es interrumpida por un simpático intermedio. En la habitación entra una niña seguida por su madre, son la huérfana y la viuda de un honrado albañil que en una huelga fue bárbaramente asesinado. La sociedad de albañiles tomó a su cargo la educación de la niña y a ello contribuyen con su eficaz interés don

Julián y su distinguida señora, a quien he tenido el honor de ser presentado con motivo de esta visita. La niña escribía a don Julián durante su prisión y ahora le ha enviado un regalito en una cesta de rafia confeccionada por ella misma. Don Julián la besa, le da las gracias por sus recuerdos y afectuosísimamente elogia la primorosa confección de la cesta.

Ella le contesta con cariñoso respeto y mientras presencio esta conversación, pienso en esas gentes que creen que un socialista es un hombre con blusa mugrienta y bigote como un cepillo, que huele a aguardiente y que le pega a su mujer.

Se retiran estas simpáticas mujeres y proseguimos nuestra charla. Besteiro siente gran interés por Madrid y hablamos de la transformación urbana que debe operarse en éste. Nuestras normas arquitectónicas están desquiciadas, y la irracional y desordenada trasplatación de ciertos exotismos constructivos mata el carácter de nuestras plazas, sin que el sacrificio se haga en provecho de ninguna convivencia artística ni doméstica. Lo ideal sería la municipalización de las construcciones. Además hablamos de las construcciones comunales; Es exagerado el afán de dar carácter monumental a cualquier edificio público.

No armoniza esto con el espíritu filosófico de la época, que no es el de aquellos tiempos en los cuales cualquier manifestación del principio de autoridad había de llegar al pueblo, más que por su propia esencia, por la fastuosidad exterior. El ilustre catedrático habla de estas cosas con singular acierto y amenidad.

-Y ahora, don Julián, voy a hacerle a usted unas preguntas a estilo de periodista.

Y hablamos algo de política. No es discreto adelantar demasiado acerca del desarrollo de unos planes que puedan ser incluidos por causas circunstanciales, además poco podrá decirse; conocido es el programa de

ellos y no hay por qué cambiar de posiciones pues no han cambiado los problemas sociales. Respecto a los sucesos de Agosto ya procurarán aclarar ciertos puntos en el Parlamento. Claro está que en este país es casi ilusorio esperar sanciones legales contra quienes han sido consejeros de la Corona; pero no será poco presentar ante la opinión —en parte equivocada aún— ciertos extremos en su verdadera magnitud. Y yo, irresistiblemente, dedico un mal recuerdo a Sánchez Guerra. Don Julián no le conceda usted el honor de discutir con él.

Y me despido de don Julián Besteiro con la satisfacción de estrechar la mano del hombre-sabio.

Durante sus años como director de *El Socialista*, Gabriel Pradal desarrolla un estilo personal que ya aparece en los dos artículos que reproducimos a continuación. En ellos, el político está presente, pero el tema hace renacer la voluntad de estilo del escritor. Ese estilo es ya, sin duda, el que sirve de trama a los *Comentarios de Pericles García*. Por ello, y a causa de su interés humano hemos querido recogerlos aquí. En uno y otro artículo se sugiere el conocimiento profundo de la obra machadiana, y la admiración que en Pradal había suscitado la muerte del maestro y las circunstancias que la rodearon.¹⁹

El primer artículo debió aparecer como Editorial en *El Socialista*, conmemorando el decimoquinto aniversario de la muerte del poeta. Así

¹⁹ Su hijo y homónimo Gabriel Pradal, dedicó un estudio a Machado, donde expresaba con gran originalidad y enorme talento, la explicación que luego plantearía Tuñón de Lara en su conocido trabajo sobre el poeta "del pueblo", enterrado en Collioure. En su prólogo a los *Comentarios de Pericles García*, ya citado, Jiménez de Asúa (pág. 10), equivoca la figura del poeta estudiado por Pradal hijo, confundiéndolo con García Lorca. Es evidente que el padre inculcó en su descendiente tanto la devoción al poeta como su admiración por el personaje histórico. En los demás hijos de Pradal esta influencia se evidencia también, y alienta entre todos los miembros de la familia que hemos podido conocer.

se sugiere en la indicación que aparece entre paréntesis, en el original mecanografiado que hemos consultado. En el mismo existen dos títulos manuscritos para el artículo. El primero, tachado, era: "Tumbas que acusan". Queda, como definitivo, el que aquí figura, bajo un epígrafe, en el que se lee: "HACE QUINCE AÑOS".

Ultratumba del poeta

Junto al alto talud de la vía férrea por donde pasan los trenes recién salidos de España, está la tumba de Antonio Machado al alcance de las flores que pudiera arrojarle algún viajero. Por un afortunado exotismo, se levanta no lejos una palmera y, desde el huerto vecino, por encima de la tapia, un naranjo avanza sus ramas. Lugar para serenas y graves meditaciones que abrumbrian, si fueran capaces de comprenderlas, a quienes vendimian en la tragedia de España.

Hay al menos entre ellos quienes comprenden o saben que esa tumba en exilio es una terrible acusación. No pudiendo ya hacer el silencio sobre el hombre y sobre la obra, pretenden --como en el caso de Federico García Lorca-- hacer creer que Antonio Machado no fue víctima del franco falangismo, y ocultan cuidadosamente que él lo maldijo con toda su noble exaltación de español y de poeta. Ya en la prensa de España van apareciendo sobre Machado ciertos artículos, algunos francamente cobardes y otros a los que no nos atrevemos a calificar de tales porque sabemos que sólo con apariencias de cobardía se puede tratar allí ciertos temas. En los primeros de ellos se llega a lamentar hipócritamente, intercalando mentiras, que Antonio Machado no fuese mejor acogido a su llegada a Francia. Es cierto que, en medio de aquella terrible confusión del éxodo, su alta personalidad espiritual pasó casi inadvertida; pero no es verdad que muriese en un campo

de concentración --como pudo ocurrir por culpa del franquismo--, sino en un modesto hotel en donde manos amorosas envolvieron su cadáver en la bandera de la República Española. Si hubiera quedado en España, acaso, tras de ser asesinado, no tendría sepultura conocida, como no se le dio a García Lorca, cuya muerte él cantó en versos imperecederos.

Motivos hay para pensarlo así. En el cementerio de Soria, de la Soria que Machado llevó en el corazón, estaba la tumba de su mujer. Sobre ella se leía esta sencilla inscripción: "A Leonor, Antonio". Aquella losa fue arrancada y rota; sus pedazos fueron arrojados a un corral. Ya no atraería homenajes indirectos al poeta maldecidor del "glorioso alzamiento".

La muerte de Antonio Machado es como el símbolo de la muerte de mucho millares de españoles que se extinguían en los campos de concentración, en los refugios, en el acogimiento de generosas familias francesas. Pensando en el hogar perdido, morían los hijos y morían las madres; morían oyendo las ofensas infamatorias que a través del Pirineo las lanzaba una jauría sedienta de sangre, alabada y bendecida con jubilosa impiedad y a plenas voces por unos impostores mitrados.

Contra tan tremenda injusticia muchos españoles, hombres, mujeres y niños, protestaron con su muerte humilde; otros, a través de una vida serenamente triste, han opuesto a los dicitos de la iniquidad la réplica de su honestidad laboriosa. En los talleres, en los laboratorios, en los estudios, obteniendo muchas veces felicitaciones por su maestría y aun por su capacidad creadora, han sentido su condición de buenos españoles noblemente vengada de las calumnias de quienes desde la patria los señalaban al mundo como unos bandidos. Hasta los niños, pobremente vestidos, con las

conciencias prematura y dolorosamente despiertas, parecían vengarse de aquellos miserables cuando, dominado rápidamente el idioma extranjero, obtenían en las escuelas los primeros puestos y la estimación para ellos y para sus padres. Los niños de entonces ya no sólo aprenden sino que realizan y hasta enseñan distribuidos por el mundo. Y esperan.²⁰ Ellos y sus viejos familiares, con unos libros, con unas fotografías, con unos discos de fonógrafo y con un amor inextinguible a la patria muestran continuamente grandezas del españolismo a muchos extranjeros que las ignoraban y que hoy, gracias a los exiliados españoles, saben que España es mucho más que una usurpadora facción de bigardos estipendiados, de clérigos descristianizantes y de militares que ocupan en vencedores a su propio país. España es mucho más, y es en el exilio en donde hoy se manifiesta libremente su espíritu, en donde lo buscan nobles y sabias personas que honran a los desterrados con su emocionada comprensión.

La tumba de Antonio Machado es como la expresión de ese exilio ennoblecido y sublimado por un largo dolor. No se la rapte por quienes él aborreció. En España esa tumba sería hoy más extranjera que en la tierra amiga que se honra y se satisface contentiéndola. A España irá un día: pero será cuando ya no pueda pasar junto a ella el cortejo de la iniquidad. Los restos de Antonio Machado serán entonces como una embajada de honor que, desde tierras extrañas, enviarán a la patria los españoles que murieron en el delirio de la ausencia. Llegará ese día; estamos tan seguros de ello

20 Estas dos frases aparecen en el original mecanografiado como un párrafo a parte que hemos suprimido, ya que el autor, a mano, había señalado la desaparición del mismo. N. del E.

como lo estamos de que la maldición de un gran poeta llega más lejos y dura más, muchísimo más, que las bendiciones de unos malos arzobispos.

Estos decimos a los quince años del día en que el gran español Antonio Machado, no cabiendo en su España, se murió junto a ella para que no lo elejasen más los vientos de la expatriación.

El último artículo de Gabriel Pradal que recogemos en esta introducción, tiene una especial significación desde el punto de vista de su práctica literaria. Su título lo define "como un poema", y --en efecto-- el escritor recoge en él el tono poemático de sus primeros escritos y que aparece en esos "pájaros de España [que] vienen a cantar en los cipreses que sombrean la tumba de Antonio Machado". En realidad, el Pradal escritor está cerrando un ciclo que identifica con la tumba/poema del poeta, aunque el tono emocionado del artículo y la profusión de alusiones nos acercan, de algún modo, a las estrofas de su primer poema recogido.

Este artículo apareció en la revista *Cuadernos* (del Congreso por la Libertad de la Cultura) que dirigía Luis Araquistain, siendo su Redactor Jefe el también escritor Julián Gorkín, en un homenaje dedicado a Don Antonio Machado, que se publicó en el vigésimo aniversario de la muerte del poeta, como suplemento del número 36 de la revista (Mayo-Junio de 1959).²¹ En este homenaje participaron también Charles V. Aubrun, Pablo de Azcárate, Antonio Buero Vallejo, José Manuel Caballero Bonald, Jean Camp, Jean Cassou, Gabriel Celaya, J. M. Giner Pantoja, Gregorio Marañón, François Mauriac y Joaquín Pérez Villanueva.

21 En su publicación aparece bajo el título de "Como en un poema póstumo", habiendo sido tachada a mano en la fotocopia del original que manejamos, la palabra 'en'. Respetamos la supresión. También aparece en dicha copia la siguiente información:

"Gabriel Pradal publicó este breve artículo en el semanario *El Socialista*, de Toulouse (Francia), del cual es el director."

Como un poema póstumo

El pequeño cementerio de Collioure está tan cerca de la frontera, que los pájaros de España vienen a cantar en los cipreses que sombrean la tumba de Antonio Machado. En esta ocasión, también ha venido de allí una bandada de jóvenes españoles que, junto a la tumba, se han reunido con otros españoles llegados en gran número desde muy varios lugares de Francia y aún de más allá.²² Jóvenes eran también cuando salieron de España muchos de éstos que, viejos ya, al recordar a Machado vienen a la vez a recordarse ellos mismos y a recordar a quienes, como el poeta, no pueden ya recordarse por sí.

Unos y otros se han encontrado sencillamente, como cosa natural y esperada. Presidiendo este encuentro, allí estaba la Francia acogedora y sensible a las empresas del espíritu. Estaban las autoridades políticas e intelectuales del pueblo, y también eminentes hombres y mujeres de letras venidos desde París en este día en que se cumplían exactamente veinte años desde la oscura muerte del poeta, envuelto en oleadas del dolor de España.

Una voz singularmente calificada para ello, recordó la juventud de Machado, educada en aquella Institución Libre de Enseñanza en la que se aprendía que la ciencia es cosa de conciencia; la ciencia y también el arte y la poesía. La conciencia estuvo siempre presente en la obra del poeta; lo estuvo en su vida y en su muerte que

22 En el texto publicado no aparecen, curiosamente, las palabras que aquí subrayamos y que han sido añadidas a mano al pie de la página del original que manejamos. Es interesante destacar que, sin esta inclusión, el artículo pierde gran parte de su sentido. N. del E.

ofrendó allí, a pocos pasos de su tumba actual, como una siembra simbólica que había de ofrecer floraciones como ésta que --al cabo de veinte años--, asocia perdurablemente a unos y otros españoles que no se hablan visto nunca y a quines las palabras no hubieran podido unir tanto como los unía aquel silencio de una misma emoción.

Y no sólo eran los presentes, sino también los que hubieran querido estar allí; españoles altamente representativos que, desde España, enviaban su mensaje encabezado por la firma de don Ramón Menéndez Pidal, el sabio patriarca de la intelectualidad española, quien, además, reforzaba su adhesión con una carta personal. Y él, que tanto ha profundizado hasta las raíces mismas de lo español, expresaba su deseo ferviente de que la repatriación de los restos de Machado "sea pronto símbolo de firme unidad de las dos Españas en la España única, la que todos anhelamos".

La España única, la España a secas, la España de la cual han sido privados tanto españoles, y hasta muchísimos de los que de éstos se quedaron dentro. Hacia ella se va, y una etapa en la marcha se ha cumplido junto a una tumba en esa jornada que bien pudiera quedar inscrita en la historia de estos tiempos y también en la historia heroica de Machado. Los más de entre los grandes poetas españoles han tenido una historia heroica. Casi todos ellos han hecho alguna vez poesía de su propia acción. Antonio Machado, que tanto habla con sus versos a la conciencia del hombre, ha legado a la conciencia de España, como último poema, el severo y triste mensaje de su muerte. Y cada día son más, y aun muchos más, los españoles que lo saben y que lo comprenden. Allí estaba dando fe de ello aquella bandada de jóvenes llegados de España, para compartir con unos exiliados el homenaje al gran

muerto de Collioure. Fue como el prometedor comienzo de un porvenir soñado en una tumba. Fue como otro poema; como un poema póstumo de Antonio Machado.

En las páginas que preceden, hemos querido ofrecer una muestra de la obra escrita por Gabriel Pradal en distintos momentos de su actividad literaria. De esta manera el lector podrá comprender al político escritor en el marco de su formación. Resulta particularmente elocuente el modo en que Pradal se inserta en las prácticas literarias relevantes del momento. Sigue su actualidad, las reconoce y emplea con fines propios, más ligados a la comunicación que a la estilística. No obstante, consigue transmitir sus sentimientos, y en ello reside la voluntad del escritor, con las palabras cuya virtualidad interna nos descubre. Ello le permite manejar con soltura un humor fino que se refleja en la ironía con que impregna gran parte de su obra. Ironía que puede ser punzante, amarga o lacónica, pero que tiene siempre la virtud de mirar hacia el futuro. Su prosa (en esto fiel a sus inicios modernistas) trasmite un optimismo que se cifra en la seguridad que tiene el político de que su España, su modo de concebir el posible orden democrático, será una realidad, a pesar de los signos del inmovilismo franquista y la permanencia del estado nacionalista surgido de la Guerra Civil.

Sin el camino recorrido a la vista, podría pensarse que los hallazgos expresivos que se encuentran en algunos *Comentarios*, como en "El alcalde del mar", son el fruto de una inspiración circunstancial. Nada lo es en la prosa de Pradal. Su exacto sentido del valor contenido en las palabras, queda atestiguado como conocimiento adquirido en su práctica literaria anterior. Se podría decir que en sus escritos aflora una lucha interna contra la expresión fácil. Escribe con el esfuerzo del que busca la perfección en la exactitud.

No debemos olvidar de donde viene esta actitud. Como ya hemos señalado el Pradal que escribe forma parte de una "casta" de políticos en los que el trabajo, la profesionalidad y la sólida formación, corran de par con una adquirida capacidad de expresión oral y escrita, hoy rara entre nuestros hombres y mujeres dedicados a la política. No sólo la capacidad literaria se hecha de menos en la España actual, cuando leemos a Gabriel

Pradal. Su palabra escrita es impar, también porque revela un talento, una personalidad cuya calidad y limpieza toma forma en esa misma palabra.

3. Nuestra edición

Los artículos que aquí publicamos, constituyen una extensa antología de los *Comentarios de Pericles García*, escritos por Gabriel Pradal para *El Socialista*. La única publicación anterior a la que aquí presentamos es la ya citada de Toulouse.²³ En ella se presentaban los artículos divididos en las siguientes secciones:

- I. Recuerdos
- II. El Alzamiento
- III. El Caudillo
- IV. El Ejército
- V. La Iglesia
- VI. La Falange
- VII. 25 años de paz
- VIII. Franco y su política internacional
- IX. El exilio

En esta edición, proponemos otra división que nos parece más adecuada a los propósitos de esta antología. El libro precedente tenía, o -al menos- así resulta de su organización, citada más arriba, un propósito claramente político. Los temas que reúnen los artículos parecen indicar la preminencia del propósito político del escritor. A ello ayudan las eficaces ilustraciones que realizó su hijo, Carlos Pradal, excelente pintor hoy desaparecido. En la presente recolección de sus artículos no puede, naturalmente, estar ausente el propósito político del escritor, pero si queremos insistir en que sus artículos son el fruto de una elaboración literaria, y representan la percepción del escritor. Es decir, nos situamos en el punto de vista de Pradal, más que en los problemas y asuntos que

23 Véase la nota número 3.

tratan sus artículos. Ciertamente, esos problemas están muy presentes en este libro, pero aquí los contemplamos como base de partida para la expresión literaria del autor.

En la selección de los artículos que constituyen esta antología, hemos tenido en cuenta varios factores que debemos subrayar. En primer lugar, hemos dado prioridad a los que destacan desde el punto de vista literario. También hemos querido incluir aquellos que --además-- muestran la clarividencia histórica del autor, al expresar opciones que han sido confirmadas con el tiempo. Por otra parte, hemos reproducido artículos que elaboran el pensamiento político del autor, y las posiciones del Partido Socialista Obrero Español en el momento histórico en que se redactaron, lo que nos parecía inexcusable a la hora de ofrecer a sus lectores, este volumen de sus escritos.

El escritor siempre presenta un punto de vista. Su literatura manifiesta la aplicación de los valores internos del sujeto creador. Ello constituye lo que aquí denominamos la "memoria": el ejercicio de recordar principios, puntos de vista y objetivos interiorizados por el escritor y que proyectan su pensamiento en el material de su escritura. Por ello, hemos empleado en los distintos epígrafes de esta antología al uso de la palabra "memoria", que debe ser entendida en este contexto.

Se presentan, pues, los *Comentarios* seleccionados, en las siguientes rubricas:

- I. Memoria viva
- II. Memoria política: la sociedad civil
- III. Memoria política: la Iglesia
- IV. Memoria de exilio

Constituyen el primer apartado, la memoria viva del escritor, 38 artículos en los que destaca el interés humano de su contenido, aseverado por los temas y el tratamiento literario de los mismos.

La memoria política es esencial en todos los artículos de Pradal, pero en los dos apartados en que la dividimos aquí repasa los casos y cosas de la sociedad civil, con una excelente información sobre lo que ocurre en el interior de España, tanto en el plano social como en los entresijos del sistema franquista. Por otra parte, hemos reunido 27 artículos dedicados a la actuación (contradictoria con sus propios principios), de

la Iglesia ya que, en algunos casos, su actualidad es totalmente sorprendente.

Finalmente, recogemos 12 artículos entre los que dedicó Gabriel Pradal al tema del exilio. Debemos aclarar aquí, que el autor se ocupó menos de este tema que de los anteriores, y ello, a nuestro entender, por dos razones. Primero, por dignidad (resulta conmovedoramente evidente que Pradal no quería complacerse en su tragedia, ni inspirar a sus lectores ningún tipo de mala conciencia), y también por delicadeza, no queriendo dedicar su acción política, expresada en este material, a la contemplación de una situación que podría inducir al desánimo a quienes estaba dirigida esta publicación, en el exterior y en el interior de nuestro país. No obstante es necesario señalar la enorme emoción que se contiene en ellos, ligada sin duda a la personal experiencia del escritor.

En todos los artículos de Gabriel Pradal hay, además, una postura que deseamos destacar al finalizar esta introducción. Se trata de una característica que define al hombre, al político y al escritor: su total evolución hacia las nuevas formas que iba adoptando la realidad y que él analizaba, criticaba y aceptaba o rechazaba, en función de una valoración objetiva, adecuada al paso de los años y al cambio de las circunstancias. Su flexibilidad ante los cambios de la realidad aparece, en los artículos que publicamos, emparejada con una enorme seguridad (en ésto inflexible) en el terreno de los principios que deben constituir la esencia del socialismo español que él había recibido y elaborado, y que nosotros podemos repasar y, quizás, recuperar en su voz escrita, manifestación de un pensamiento ejemplar que supo demostrar su hondura en una vida consecuente y digna.

Angel Berenguer

The Old Schoolhouse, Medford, Massachusetts

*Julio de 1991.*²⁴

24 Las circunstancias del destino, han querido que terminemos este trabajo en la ciudad, y en la misma institución (Tufts University) donde ejerció su docencia Georgette Pradal, la viuda del crítico y poeta Gabriel Pradal, hijo del político cuyos artículos editamos aquí. A ellos queremos dedicar aquí un amistoso homenaje.

I. MEMORIA VIVA

EL CENTENARIO DE CLARÍN

La Universidad de Oviedo ha acordado celebrar el centenario del nacimiento de Leopoldo Alas ("Clarín"), que tan gran figura hizo en su profesorado de otro tiempo. Ignoramos cuál será la forma y el programa del homenaje, si es que llega a celebrarse. Nos gustaría conocerlo y, mejor aún, recibir un relato de su realización porque, si ha de ser sincero, tendrá el interés de la gallardía y, si no ha de ser sincero, será tal vez un modelo de habilidad, como hecho por gente sabia.

De una parte, aquel crítico mordáz fue en su tiempo lo que se llama un hombre de izquierda. Coincidió en la filosofía krausista con aquellos otros grandes profesores que el régimen actual considera como los malos espíritus de la España moderna. Tuvo simpatías por Renán: tradujo y prologó a Zola. Pero, sobre todo, Leopoldo Alas Ureña ("Clarín") tuvo un hijo, Leopoldo Alas Argüelles, que también fue profesor, y aún rector, de la Universidad de Oviedo. Y además, en 1.931, fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes de la República, fue condenado a muerte por el régimen francofalangista triunfante; y lo fue por un tribunal formalmente constituido que, en su sentencia, hizo honrosas salvedades sobre su irreprochable conducta de catedrático.

Leopoldo Alas Argüelles fue fusilado. De su padre tenía la inteligencia, la conducta, la orientación ideológica, el espíritu analítico y racionalista. No tenía de aquél el temperamento, que en el hijo era lo menos agresivo del mundo. Su carácter era recogido, equilibrado, hasta dulce. Hubiera ello podido ser una atenuante que le diese ventaja sobre su padre, si los dos hubiesen sido juzgados juntos por el mismo tribunal francofalangista. Porque, sin duda, juzgado en las mismas circunstancias, también "Clarín" hubiera sido condenado a muerte. Por eso sentimos curiosidad, y hasta casi interés, por saber cómo los profesores ovetenses salieron del trance en que los pone el calendario. ¿Tendrán para el hijo un recuerdo, aunque sea condenatorio, en la ocasión de honrar la

memoria del padre? Más bien se inclinarán, o serán inclinados, a callar piadosamente el nombre del hijo "criminal".

20 de Noviembre de 1.952

UN SANTO PATRONO

Según la prensa española, el señor Gobernador civil de Avila, "recogiendo así la inquietud nacional de los círculos literarios y poéticos sobre la conveniencia de acogerse a la advocación de un santo", ha dirigido un mensaje a los poetas españoles proponiéndoles que San Juan de la Cruz sea declarado Patrono de la Poesía española.

Muy en su punto está la iniciativa del señor gobernador. Es cierto que la poesía española ha tenido grandes épocas sin que nadie haya caído en la cuenta de impetrar para ella un santo patrocinio. De haberlo hecho, quizás hubieran ido mejor las cosas para los poetas, pues ya en tiempos de Fray Luis de León, de Quevedo y de Cervantes se estilaba eso de meterlos en la cárcel; pero, al fin y al cabo, salían de ella. Ahora las cosas en España son más graves. Es creencia general entre quienes saben de eso, que la poesía anda en España bastante mal servida. Cierto es que por esos periódicos del Caudillo y de la Falange se ven versos de autores que cuentan las sílabas con los dedos, y que aún así se equivocan; pero poetas, lo que se dice poetas, no aparecen por España. Y, sin embargo, tal vez los hay; pero ocultan cuidadosamente su condición por propia iniciativa o siguiendo prudentes consejos de sus experimentados papás. Los peligros no son para menos y, para prevenirlos, no estaría mal darles a los poetas un gran abogado. Nadie más indicado para ello que San Juan de la Cruz, que, en su condición de delicadísimo poeta, debe ser uno de los santos mejor escuchados en la Corte celestial. En ella podrá, al menos, preparar buen acomodo a los poetas españoles si no tuviera bastante poder para librarlos de una sentencia de muerte. Tal vez así haya verdaderos poetas españoles que se atrevan a salir a la luz. Por que si no, ¡cualquiera se atreve a pasear a cuerpo limpio su condición de gran poeta por los dominios del Caudillo! Aún están frescos los ejemplos de Federico García Lorca y de Antonio Machado.

20 de Noviembre de 1.952

VALOR ECONOMICO DEL ANALFABETO

Cualquiera que sea nuestra opinión sobre el régimen del Caudillo, debemos reconocer con noble imparcialidad, aun a título de excepción, las muestras de prudente realismo que éste da de vez en cuando.

En España, la imaginación y la fantasía suelen marchar muy por delante de la razón. Ciertamente, eso nos ha dado algunos éxitos geniales, de esos que entran muy pocos en el siglo, si es que entra alguno; pero en cambio, con frecuencia casi cotidiana, nos ha hecho dar tropezones contra la realidad. Nos gusta ir contra la naturaleza o contra las circunstancias. Quisiéramos cubrir con naranjos las cumbres nevadas del Guadarrama y tardamos en comprender que, si tenemos extensos y secos espartizales, en vez de obstinarnos en sembrarlos inútilmente de trigo debemos aplicarnos a sacar partido de los magníficos aprovechamientos que puede tener el esparto. Es una grave insensatez desarraigar irreflexivamente lo que tenemos, corriendo tras la ilusión de implantar problemáticas novedades. Lo prudente es examinar si lo que tenemos al alcance de la mano es aprovechable y, en este caso, establecer un plan nacional para su máximo aprovechamiento.

Así ocurre, entre tantas otras cosas, con el analfabetismo. El analfabetismo tiene en España una amplitud bastante grande, como para preocuparse detenidamente de lo que con él conviene hacer. Y, sin embargo, llegó la República, nuestra utópica República, y se aplicó, sin más ni más, a terminar con el analfabetismo. A pesar de su respeto por la libertad, casi cogía por una oreja a los pobres chicos para meterlos en aquellas escuelas que se afaná en construir por todas partes. Ya hubo personalidades, de esas que son llamadas reaccionarias, que advirtieron los peligros de tal política. Y como el tiempo acaba reconociendo la razón a quien la tiene, aquellos niños que aprendieron entonces a leer son ahora los hombreritos que pueden enterarse de las barbaridades que les dicen esas hojitas que a lo mejor les echan por debajo de las puertas y según las cuales el Caudillo es un criminal, la Falange es la plaga del país y España

vivía muchísimo mejor antes de que al Caudillo se le ocurriese “salvarla”. Frente a aquel utopismo de la República se levanta el firme realismo del régimen falangista. Así nos salta a los ojos en el Boletín que, para difundir por el extranjero las realizaciones del régimen, edita en francés la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Estado. En su edición de 20 del pasado diciembre nos dice que “probablemente” será restablecida en la provincia de Ciudad Real una medida que el Municipio de Villarrubia de los Ojos ha propuesto al Consejo Provincial de Educación, presidido por el gobernador civil. La medida consiste en establecer un impuesto sobre los analfabetos. He aquí un problema resuelto. Esa gente falangista sabe lo que se hace. ¿Hay mucho analfabetismo? Pues hay que aprovecharlo. Y ahí tenemos esa fuente de riqueza constituida por los analfabetos, que no se ha sabido aprovechar hasta la invención del falangismo, del mismo modo que no se ha aprovechado la energía de los saltos de agua hasta la invención de la turbina. No hay que olvidar que el analfabeto, no teniendo en pleno funcionamiento su máquina intelectual, se ahorra unas buenas calorías. Justo es que pague, en espera de que tan buen principio se extienda a otros beneficios extraordinarios. Ahora lo que hace falta es dirigir bien el negocio para que no se malogre. Todos los cultivos tienen sus plagas. Precisamente esa provincia de Ciudad Real tiene una dura experiencia. Hubo un tiempo en que sus extensos viñedos fueron arruinados por la filoxera; si ahora sus autoridades falangistas aprovechan aquella lección, habrán de tener cuidado, ¡mucho cuidado! con la cultura, con esa filoxera del analfabetismo.

No nos da detalles el Boletín; pero, quizás coincidiendo con la Falange, pensamos que, para hacer las cosas bien y a la manera de esos grandes reservados de caza que se establecen para impedir la extinción de las especies animales, la Falange podría establecer —además de en Ciudad Real— varios reservados capaces de suministrar oportunamente a cualquier lugar de España los analfabetos requeridos por las necesidades de la Falange, cada vez que ésta se sienta amenazada por esa “función manía de pensar” a que es tan propenso el pueblo español.

¡Cuánto cuidado habría que poner en la conservación y en la guardería de tales reservados! Hasta al viento habría que prohibirle que les llevase ni en volandas un abecedario. Y así como en el reservado de

los animales el cazador es castigado con el rigor máximo, así habría que hacer en el reservado de los analfabetos. Cuando en él se atreviese a entrar un maestro de escuela, se le trataría como a zorra en gallinero: ¡a escopetazos!

8 de Enero de 1.953

DISTINCION APROPIADISIMA

Como una creación deslumbradora del trópico, Nicaragua lanzó una vez por el mundo a un poeta que arrancó destellos de la lengua española como de una rica pedrería en la que se quebrasen los rayos del sol y de la luna. El que lo poetizaba todo, poetizó también su propio nombre. Le llamaban Félix García; pero él se llamó Rubén Darío y marchó por el mundo para cantar la vida y la esperanza. Llegó con emoción a España como a la cuna de su amado lenguaje. Allí conoció e hizo versos a sus hermanos los poetas españoles: Salvador Rueda, Paco Villaespesa, aquel "gran don Ramón de las barbas de chivo..." y también Machado. Cuando hubo quemado su vida por otros varios países, fue a morir en el caliente paraíso de sus tierras.

Nicaragua, para honrar a su hijo ilustre, creó la Orden honorífica de Rubén Darío, que habría de otorgarse únicamente para expresar la gratitud del país a quienes prestasen eminentes servicios. Al actual Presidente de la República de Nicaragua y Gran Maestro de la Orden, general Somoza, se le ha ocurrido de pronto que la gran cruz con placa de oro de la Orden de Rubén Darío le caerá como si la hubiesen creado para él, a su colega el Generalísimo y Caudillo de España, por el cual siente una profunda admiración.

El ministro nicaragüense de Instrucción Pública se atrevió — según dicen — a hacer ciertas objeciones a su presidente, previniéndolo sobre comentarios y habladurías que pudieran producirse. Le habló del poeta Federico García Lorca, asesinado en nombre del Caudillo; le refirió el caso de Antonio Machado, muerto en la tristeza del exilio, al otro lado del Pirineo. Le hizo ver que, en el mundo de la cultura, se habla de Franco como de un matador de los dos poetas. Fue inútil. El general-presidente se mantuvo firme en su idea. El ministro se acogió a su último recurso. Recordó al general que la preciada Orden, según la ley que la instituyó, ha de ser concedida como expresión de gratitud de Nicaragua por algún servicio eminente. El general quedó un momento pensativo. —¿Dice usted, mi ministro, que esos poetitas Lorca y Machado eran cosa buena?

—Buenísima, mi general.

—Pues hombre, ahí tiene usted la solución. Le concedemos al Caudillo la gran cruz en agradecimiento por haberlos matado. Así no le harán la competencia a nuestro Rubén.

5 de Marzo de 1.953.

EL ALCALDE DE MOSTOLES

La condición de alcalde que ostenta el Caudillo —anfibia, como se sabe— va a ser ampliada del lado terrestre con la presidencia de otro Municipio. A todos los de España otorgaría el Caudillo el honor de presidirlos salvo al de Zalamea que, durante mucho tiempo, se ha vanagloriado de que un alcalde suyo, de la vulgar clase civil, tuvo la ocasión de mandar ahorcar a un caballero capitán que se divirtió como tuvo por conveniente. Quizás tampoco aceptaría, por falta de buena voz, presidir los Ayuntamientos de aquellos dos pueblos de que nos habla el Quijote, en los que rebuznaron unos alcaldes; pero de todos los demás pueblos de España, el Caudillo está dispuesto a aceptar la investidura de Alcalde mayor, acompañada de la medalla de oro correspondiente.

No se trata ahora de una de tantas alcaldías, sino de otra de ellas especialmente conmemorativa del levantamiento del pueblo de Madrid contra la invasión napoleónica. En aquel mismo día de 1.808, el alcalde de Móstoles, don Andrés Torrejón, lanzó por España una memorable proclama pidiendo el alzamiento contra el invasor. A la Falange se le ha ocurrido que si en Móstoles se “levantó” un alcalde, el Caudillo, por su condición de “levantado”, también debe ser alcalde de Móstoles. Cierto es que aquel alcalde se levantó contra los invasores franceses. El Caudillo no se levantó sino contra los españoles; pero el caso es que se levantó contra alguien, y eso es lo principal.

Más interesante es la objeción de que, en lo venidero, el nombre de aquel alcalde quedará oscurecido, y que cuando se hable del “Alcalde de Móstoles” ya nadie pensará en el buen don Andrés Torrejón, sino en la figura radiante del Caudillo. Pero precisamente de eso se trata. Hay que evitar que la capacidad administrativa del pueblo español se desperdigue aplicándose por aquí y por allá a personajes diferentes. Eso debilita el sentimiento nacional. En un Estado totalitario debe totalizarse la admiración, reunir en una gran admiración todas las admiraciones. Dichosamente y por la gracia de Dios, tenemos un Caudillo capaz de llevar en alto el peso de todas ellas.

Eso es lo que se ha comenzado a hacer poniendo sobre el Caudillo la gloria del Alcalde de Móstoles. Ahora se va a continuar con las otras celebridades nacionales. Valencia va a nombrar al Caudillo "Cid Campeador"; Córdoba —más por las cuentas que por lo otro— va a nombrarlo "Gran Capitán"; Zamora se prepara a proclamarlo "Bellido Dolfos" y el Toboso le va a dar el título de "Dulcinea".

Y en cuanto los académicos falangistas hayan decidido, al fin, cuál es el pueblo natal de Cristóbal Colón, el Ayuntamiento correspondiente lo nombrará "Descubridor de América".

30 de Abril de 1.953

¡QUE SE LO DEN!

Cuando hace pocas semanas leímos que la lista de los candidatos de este año al Premio Nobel de la Paz va a mantenerse secreta hasta después de que la adjudicación haya sido hecha, comprendimos que hay algún candidato especialmente calificado para obtener tan alta distinción y que acaso se trata de evitar vociferaciones y trapisondas previas promovidas por enemigos o envidiosos. Hasta imaginamos en seguida— creásenos— quién es ese gran hombre, y volvieron a zumbarnos en los oídos los ecos de cierta gritería internacional levantada en torno de la UNESCO.

Somos de naturaleza discreta y como, además, no sentimos la vanidad de mostrar nuestra perspicacia, no dijimos una palabra sobre el caso, respetando gustosos el prudente deseo de la Real Academia de Estocolmo. Pero he aquí que, de pronto, un periódico de Valencia, "Levante", lanza abiertamente la candidatura. Sería ligereza atribuir la ruptura del secreto a una imprudencia periodística. Esto es casi imposible en el régimen francofalangista, que licencia y doctora a sus periodistas, los instruye en la verdad oficial y los educa en la oportunidad decretada. Otros son, sin duda, los sutiles motivos y lo bueno es que se trata de la candidatura del mismísimo don Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España y esperanza del mundo.

Sólo aparente y superficial es la contradicción que pudiera señalarse entre la condición supranapoleoniana de este gran Capitán que irradia genio y espíritu guerrero por todos los lados de su personalidad, y esos otros merecimientos suyos que lo llevan hacia la consagración en los altares de la paz. Es cierto que en aquellos discursos que durante algún tiempo siguieron a su victoria, el Caudillo consideró a la paz como indigna de ser la aspiración de un pueblo como España. Por medio de la guerra, los pueblos elegidos van hacia el Imperio, y "por el Imperio, hacia Dios". Aún ahora, no puede decirse que haya cambiado de parecer; los grandes estrategias tienen a veces silencios tácticos, y a lo mejor un día

de éstos, un año de éstos, o un decenio de éstos, el Caudillo, saltándose una frontera o acaso un mar, nos diga como recorriendo una cortina: "Ahí tenéis el Imperio. ¿Qué decís ahora?" Y entonces tal vez empezará a ser cierto aquello de poner fuego en todos los hogares y pan en todas las mesas. Pero —insistimos— no hay contradicción entre lo uno y lo otro. Los hombres como el Caudillo se aplican arduosamente a hacer la guerra, pero de paso, hacen la paz. La paz es para ellos un subproducto. No hay en esto menosprecio de la paz. No son pocos los subproductos que, por obra de las circunstancias, han adquirido condición y categoría de productos de base. Así ocurre, para estos efectos del Premio Nobel, con ese subproducto de la guerra que es la muerte, es decir, la paz, la verdadera paz, la única paz conocida. "Sólo en la paz de los sepulcros creo", dijo nuestro Espronceda; y desde entonces la experiencia que nos ha dado la vida es tal que ya casi nadie cree en la paz si no es la paz de la muerte.

No hay, pues, mejor hacedor de paz que un gran hacedor de muerte; y en ese terreno, ¿quién podrá disputar los méritos del Caudillo, gran totalizador de los honores y de las honrosas responsabilidades de la "cruzada"? ¡Cuántas muertes! Algo así como un millón y medio. ¿Quién podrá presentar otras tantas? Muertos en los combates, muertos en las batallas, muertos en las ejecuciones, muertos en tanto desorden de que tuvo que valerse la Providencia. Y, sobre todo, ¡aquellos bombardeos aéreos! Allí la muerte se distribuía abundante y equitativamente para todos: hombres, mujeres, niños...; aquellos nifitos que morían destrozados y con los ojos desmesuradamente abiertos, como queriendo ver de dónde les venía tanta gracia. ¿Qué podían esperar aquellos angelitos de esta pícara vida? El Caudillo les dio la paz, una paz eterna que ya nadie podrá quitarles.

Paz efectiva, mucha paz, muchísima paz ha hecho así el Caudillo. Lleguen quienes se crean capaces de medirse con él. Y, como no llegarán sino, acaso, tales o cuales teóricos, predicadores, impostores y vociferantes del pacifismo que ni siquiera han matado a nadie, ¿qué tendrán que hacer los académicos de Estocolmo sino darle al Caudillo el Premio Nobel de la Paz? Pues ¡que se lo den!

14 de Mayo de 1.953

LA VERDAD ORIENTADA

“La verdad es como es y nada más que como es”, dicen algunos. “La verdad no tiene más que un camino”, dicen otros con mentalidad no menos atrasada. Y, sin embargo, la verdad es cosa “orientable”, según resulta de la conferencia que ha dado en Alicante uno de esos hombres que, a través del Caudillo, reciben inspiración de la Providencia divina.

Nos referimos al Ministro de Información y Turismo don Gabriel Arias Salgado y a su amplia e intrincada disertación sobre “Ideas fundamentales para una doctrina de información”, con la cual ha puesto docto y brillante final a las deliberaciones del Consejo Nacional de Prensa.

Bien merece tan transcendental pieza oratoria la publicidad que se le ha dado. Varias veces ha sido difundida por la Radio Nacional de España, y todos los periódicos la han reproducido con los mayores honores tipográficos. Buena doctrina es para gobernantes de origen providencial, y a ella deben adaptar su conducta y subordinar su curiosidad los pueblos providencialmente gobernados. A estos pueblos se les debe dar la verdad, pero una verdad prudentemente “orientada”. Hay que darles información, mucha información; pero una información “orientada” convenientemente. Ha de dárseles prensa, toda la prensa que quieran; pero una “prensa orientada” en la que, para mayor garantía de orientación, los directores de los periódicos y revistas, así como sus redactores, están nombrados y disciplinados por el Gobierno. Así, orientado el juicio de todos, ha de acabarse con esa disolvente creencia de que “todo es opinable”, con la cual “no han conseguido los pueblos la unidad de criterios básicos que permitan la elaboración de una normativa fundamental, clara y precisa” como esa que, gracias a la orientación providencial del Caudillo, está haciendo el engrandecimiento de España. Pero he aquí, con las palabras justas del propio señor ministro, el punto quizás culminante de la conferencia:

“Las razones concretas en que se apoyan las orientaciones y directrices de una gestión política no siempre deben ser expuestas a la

opinión pública, pues tal vez su difusión puede malograrlas. Por principio ha de concederse al que gobierna un amplio margen de confianza, cuando, abroquelado en una absoluta reserva, exige que en tomo a unos determinados asuntos, o se mantenga un prudente silencio o se secunden sus propósitos, aunque aplace para más adelante la explicación y justificación de los mismos."

Como se ve, entre el "prudente silencio" y la verdad al natural que no necesita explicaciones, existen esos "propósitos" que han de ser secundados y cuya explicación aplazará el que gobierna para cuando bien le parezca. Ahí está precisamente el objeto de la información que forma un ángulo variable con el sentido de la tal vez inoportuna verdad absoluta, y que, en fuerza de girar, puede llegar a estar en oposición con ésta. No dejará por ello de ser una verdad "orientada" orientada hacia atrás por obra de buen gobierno.

Hay que desechar viejos prejuicios. La verdad de este mundo, para los providencialmente gobernados, deberá seguir siendo "una", aunque "orientada"; pero no así para esos providenciales gobernantes que, por la gracia de Dios, han recibido poderes para orientarla. Acepten los rebeldes y los vacilantes tan eficaz doctrina. No es de ahora la duda inquietante sobre el valor absoluto de la verdad.

Cuando Jesús, interrogado por Pilato, se afirmaba portador de la verdad, Pilato ponía fin al diálogo exclamando: "¿Qué cosa es verdad?" Así lo dice el Evangelio de San Juan; pero, además, según cuentan informaciones complementarias, Pilato, mientras abandonaba el pretorio dejando atrás de sí a una víctima inocente, se daba asimismo la respuesta murmurando, como anticipándose al Caudillo y a su ministro de la Información: "La verdad es cosa orientable".

31 de Diciembre de 1953

A CODAZOS

A la ciudad Universitaria de Madrid ha llegado el Caudillo, no ya para destruirla como cuando en 1.936 llegó a ella conducido por la Providencia, sino para inaugurar los edificios de dos Colegios Mayores, destinado uno de ellos a estudiantes hispano-americanos y el otro a estudiantes específicamente falangistas. Un obispo, con su bendición inaugural, ha cerrado el bendito período constructivo que había empezado con la bendición de unas primeras piedras. Como una superbendición, el Caudillo ha dirigido la palabra a los estudiantes y a las altas y numerosas personalidades allí presentes para reverenciarlo.

Decir que el discurso del Caudillo ha sido muy bueno sería pleonasma casi irreverente. Buenísimo tenía que ser siendo suyo y teniendo carácter de primera de las lecciones que en aquellos centros ha de recibir la juventud. Dirigiéndose a ella y apenas comenzado su discurso, ha dicho Su Excelencia: "Los que sentíamos todavía el sonrojo de una Universidad anarquizada..."

Esa Universidad anarquizada fue la anterior al glorioso Movimiento; aquella tan torcida "por el cerco que a nuestras Universidades desde hace más de un siglo vienen poniendo todos los enemigos de la España grande", según a continuación ha afirmado el Jefe del Estado.

¡Qué Universidad! Su recuerdo aún sonroja al Caudillo, salido, sin embargo, de un ambiente tan tenido por inmunizador contra el sonrojo como son los cuarteles y la Legión extranjera de Marruecos. Pero aquello de la Universidad era demasiado. En sus cátedras ni siquiera se rezaba el rosario. Vergüenza debiera dar a tantos médicos, jurisconsultos, matemáticos, químicos y otros universitarios que andan por España, ostentar los títulos de doctor o de licenciado que les fueron expedidos por la Universidad anterior a ésta de la Cruzada; con ellos están proclamando que recibieron la influencia nefasta de aquellos profesores.

A uno de ellos, sólo a uno, se ha referido el señor ministro de Asuntos Exteriores en el discurso que ha precedido al del Caudillo. Y lo

ha nombrado con una respetuosa inoportunidad que ha sido sin duda la causa de la indignación y del sonrojo que a continuación ha manifestado el salvador de España.

“Escribía el sabio Ramón y Cajal...” Así se ha expresado el señor Martín Artajo. ¡El sabio Ramón y Cajal! Sólo faltaba que el ministro hubiese citado también a aquél otro “sabio” profesor de la Universidad de Madrid, don José Echegaray, liberalote y anticlerical también como Cajal. A los dos les fue otorgada esa distinción internacional llamada Premio Nobel, por la perversa intención que el extranjero pone en resaltar y estimular en nuestra patria “el espíritu de la anti-España”.

Afortunadamente teníamos en el país hombres que, por no haber pasado por las Universidades, conservaban la pureza y la claridad necesarias para salvar a España y aún para gritar un gallardo “¡Muera la inteligencia!” ante la propia Universidad de Salamanca cuando en ella se cobijaba la herejía unamunesca bajo la engañosa nobleza de aquellas piedras doradas por el sol de los siglos.

Nadie más indicado que el primero de entre esos hombres para explicar primeras y normativas lecciones en los centros universitarios. Nadie de aquel nefando profesorado hubiese salido a decir a los muchachos estas sabias palabras en que culmina y casi concluye la oración del Caudillo:

“Y el puesto que nosotros hayamos de tener en el concierto de las naciones no nos lo han de otorgar ni por sabios ni por guapos. Lo hemos de ganar por nuestro esfuerzo y prestigio y hemos de abrirnos el camino a codazos y sostenerlo también a codazos.”

Grandes y prolongados aplausos señalaron el valor de estas palabras, oportunísimas para dichas precisamente en un ambiente universitario, propenso a caer en la idolatría de la inteligencia y en el seguimiento ambicioso de la sabiduría, sin darse cuenta de que —como dice el Caudillo— nuestro puesto no lo conquistaremos “por sabios”. Aquellos profesores de entonces —como “el sabio Ramón y Cajal”— hubiesen aconsejado a los muchachos el estudio, siempre el estudio; ese era para ellos el rutinario camino del progreso. Hoy se borra el sonrojo de aquellos tiempos predicando en la Universidad las nuevas verdades de la España “renaciente”. De ellas y por labios providenciales, los estudiantes han

aprendido ahora que el porvenir no ha de ganarse con la sabiduría; que el camino—como, el Caudillo sabe muy bien—hay que abrírselo con los codos; así, con los codos ¡y a codazos!

18 de Marzo de 1954

NI UNA PARTICULA

El español, mal famoso otras veces como perdedor de tiempo, se nos aparece en su venturosa actualidad como un perfecto ganador de años. Santo y jacobeo, además de mariano, es este año que pueden “ganar” los españoles si, además de la fe, tienen la posibilidad de hacer un viaje a Santiago de Compostela. Así, no son pocos los que, buscando indulgencias para sus pecados, llegan a la ciudad gallega “para lucrar las gracias jubilares del Año Santo 1.954”, según palabras de un texto oficioso.

Nunca un año fue ganado con mayor solemnidad que éste que el día 10 de marzo han ganado los periodistas españoles, conducidos por el señor ministro de Información y Turismo, don Gabriel Arias Salgado, “orientador” de la prensa nacional. Jamás las magníficas puertas de la catedral compostelana fueron franqueadas por una comitiva más brillante que la que con banda de música acompañó al ministro para hacer su ofrenda en el sepulcro del Santo Apóstol, bien asistido desde su trono por el cardenal arzobispo y envuelto en el fumoso y místico perfume del botafumeiro.

Ante el altar, radiante de luces, el ministro, postrado de rodillas y levantando la voz hasta donde la emoción se lo permitía, leyó una elocuentísima invocación:

“Después de veinte siglos —dijo—, tu gloria de Apóstol, elegido entre los elegidos, sigue brillando con luz inmortal en esta noble tierra española. La gloria de tu cuerpo hizo que las gentes de la Edad Media bautizaran con un nombre nuevo las estrellas, llamando Camino de Santiago a lo que antes se llamó Vía Láctea, en la Mitología. Nuestros antepasados te contemplaron a su vera, combatiendo a caballo contra los infieles, en el quehacer de las guerras justas y de las batallas en nombre de Dios...”

La imagen del Santo Apóstol parecía mirar al ministro como diciendo: Bueno, hijo mío, pero ¿para qué venir a contarme a mí mismo

lo que yo soy y lo que yo he hecho? Mejor está eso para dicho a quienes dudan de que, en aquella memorable batalla de Clavijo, ayudé a los cristianos a matar moros y que, luego, bajo las órdenes de nuestro providencial Caudillo, ayudé a los moros a matar a cristianos.

Veamos, en fin, qué es lo que de mí queréis.

Y el ministro, llegando al punto culminante de su oración, presentó al Apóstol la petición de los periodistas españoles y de los profesores y alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo, allí presentes.

Esa petición, que hemos copiado cuidadosamente, dice así, exactamente así:

“Nosotros, los periodistas y escritores españoles, solicitamos tu ayuda y protección para mantener nuestra fe, para que seamos, como vosotros los Apóstoles, una agencia de noticias a lo Divino, y para que en nuestro oficio el parte de los sucesos comporte siempre alguna partícula de la eterna Verdad.”

Pasando por algo el galicismo que en esta españolísima ocasión “comporta” la súplica de “los periodistas y escritores españoles” démonos cuenta de que esos señores no se contentan con poco. Nada menos que la verdad solicitan para sus partes informativos; y, con disimulo, de la verdad piden una partícula, como del lobo un pelo. Bien sabemos que hay venenos que matan con sólo una partícula, y aun nada más que con acercarles las narices. Así ocurre con la verdad. No hay mayor tóxico que ella para esos regímenes providenciales que hacen la felicidad de los pueblos, y no es cosa de que el régimen que está engrandeciendo a España sea puesto en peligro por cuestión de una partícula. Hay que tener mucho cuidado con la verdad; sobre todo con la verdad que esos señores, intencionadamente, llaman eterna, para distinguirla de la verdad francotalangista, cambiante según la oportunidad, y prudentemente adaptada a las conveniencias temporales.

La verdad a secas es peligrosa de emplear; empieza en una partícula y no se sabe en dónde acaba. Ya sabemos cómo son los periodistas; comenzarían con una partícula de lo que ocurre, por ejemplo, con las algaradas estudiantiles y acabarían diciendo partículas de lo que pasa en algunos ministerios. No, nada de verdades, ni siquiera en partículas. Sería una grave imprudencia.

Sin embargo, la han pedido con tanto fervor que acaso el bueno del Apóstol les conceda a los periodistas españoles esa partícula de verdad para sus partes informativos; pero no haya cuidado; no les servirá para nada, porque ahí está el Caudillo para no dejársela.

26 de Marzo de 1.954.

LAS GRANDES HISTORIAS

El influjo que la tuerta belleza de la princesa de Eboli tuvo sobre la severa y poderosa existencia del gran señor Felipe II, es el asunto de una película que, tras cuantiosísimos gastos, iba a ser presentada al público de Madrid hace algunas semanas.

Aunque ya había sido aprobada por la Comisión de la censura y hasta por un grupo de historiadores designados al efecto, la superior y clarividente autoridad del Caudillo entró en ella a punta de tijera, y tal la dejó trasquilada que los empresarios andan preocupados sobre el aprovechamiento que aún le puedan sacar a vuelta de zurcidos y de remiendos.

Sabido es que el Caudillo, desde su alcanzada grandeza, se considera par de Felipe II, y equipado con él en la historia de España a través de ese bache de malos siglos que los separa. Es, pues, natural y justo que extreme su celo en cuidar la fama de aquel rey, y que no lo deje llevar y traer en películas que puedan desdibujar su majestad. Así, Su Excelencia da la pauta y prepara el elevado tono de otra película que, según parece, habrá de presentar en las pantallas del mundo sus propias y gloriosas hazafías. Y como antes conviene poner en buen orden cuanto de bueno y de buenísimo está escrito sobre ellas, se ha abierto un concurso para premiar con 20.000 pesetas la mejor bibliografía de la "Cruzada", que es como decir la bibliografía del mismísimo Caudillo. La historia de éste, oficial y completa, quedará, pues, debidamente escrita sobre una buena base antes de ser puesta en película.

Pero entretanto, y como para previo adiestramiento de artistas, ha comenzado en Madrid — con asistencia de los marqueses de Villaverde — el rodaje de otra película de grandes vuelos históricos: "Alejandro Magno". Costará según dicen, ciento cincuenta millones de pesetas; trabajan en ella artistas extranjeros de fama mundial, y millares de españoles aparecerán como griegos y como persas luchando bravamente en la batalla del Gránico, que, a través de veintitrés siglos, se reproducirá junto al río Manzanares, allí cerca de El Pardo, en donde se alberga el genio militar y político de ese otro hacedor de Imperio.

Es muy de notar a este propósito que el interés por las hazañas del gran conquistador macedonio es cosa ya muy vieja en España, y que uno de los más antiguos monumentos de nuestra literatura patria es el medieval "Poema de Alejandro Magno" que, con ser tan largo y variado, aún parece sentirse corto cuando, refiriéndose a las muchísimas cosas que Alejandro vió en sus expediciones, dice así en su estrofa dos mil trescientos seis:

Non podriemos contar todas las sus visiones,
Todas las que vio él con sus varones,
Serie grant tardancia, ca son luengas razones
Non cabrien en cartas de quince cabrones.

"Carta de cabrones", esto es, pieles pergaminadas de cabrones o machos cabríos, en las que se escribía en aquellas épocas en que faltaba el papel. Así también, para darle mayor carácter de documento histórico, debieran escribirse las hazañas de quien, con asombro del mundo, ha engrandecido a España y ha hecho la felicidad de los españoles. Y si para escribir sólo una parte de la vida de Alejandro eran necesarios más de quince "cabrones", imagínese cuántos "cabrones" harán falta para escribir cumplidamente la historia gloriosa del Caudillo.

10 de Marzo de 1.955

CONTEMPLACION CIENTIFICA

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, como las instituciones extranjeras de su clase, está presidido por un eminentísimo y científico investigador: don José Ibáñez Martín. La verdad es que no sabemos cuáles son las investigaciones de don José y que nadie ha sabido darnos referencia de ellas; pero sin duda el Caudillo —que lo ha designado para ese y para otros cargos— las conoce perfectamente y las sacará del secreto el día menos pensado.

Sean cualesquiera sus ocultos méritos de investigador, la principal misión del señor Ibáñez Martín es vigilar y apacentar a sus investigadores por los senderos del francofalangismo.

Nada de extravíos en ese Consejo que, como acaba de decir el referido señor, “trabaja incesantemente por una ciencia definida según los cánones de nuestra tradición; pero enmarcada al mismo tiempo en las exigencias de nuestra hora y sometida al yugo del interés y la prosperidad nacional”. ¿Cómo se iba a dejar a la ciencia marchar sin ir “sometida al yugo”? No; al señor Ibáñez Martín no le saldrán en sus dominios físicos sin yugo como aquel Cabrera o como aquel Risco que no teniendo ya cabida en la España “una, grande y libre”, fueron a morir en el exilio. ¡Qué clase de investigadores nos salfan! Si en otro tiempo hubiese habido en España un Caudillo o un Ibáñez Martín, no habría paseado su nombre por el mundo aquel herejote de Cajal.

Más afortunada la realidad actual, ha permitido al ilustre presidente —gran organizador de comuniones generales— presentar un brillante resumen de la obra cumplida bajo su dirección, en la cual se destaca la organización de las Semanas de Teología, la creación del Centro de Estudios Jacobeos y las investigaciones sobre el aderezo de las aceitunas. Así nos lo hace saber la prensa española, que califica al discurso de elocuentísimo.

Hora es ya de decir que el tal discurso ha sido pronunciado en la solemne clausura de la XIII Reunión plenaria del Consejo. El acto ha sido

presidido por el propio Caudillo, y, en aquel cuadro de deslumbradora brillantez, el ministro de Educación Nacional se ha dirigido a Su Excelencia diciéndole: "En este hogar, sencillos y meritísimos hombres de ciencia os contemplan..." Algo nos recuerda tan bella frase. Sí; es aquella alocución de Bonaparte en Egipto; "Desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan."

¡Feliz destino el de esos hombres de ciencia! Nunca, en ningún país, un Caudillo se dio a contemplar por la reunión de sus investigadores tan generosamente como lo ha hecho el Generalísimo Franco, radiante de laureada grandeza, rodeado por cuatro prelados, por incontables generales, por sus ministros, por los Altos jefes de su Policía y por Magistrados de todas clases. Y durante la contemplación, la palabra elocuente del señor Ibáñez Martín cantaba las glorias caudillales como una música celestial. "En España —decía—, el Caudillo, acalladas las armas, creó este Consejo, al que han seguido decenas de instituciones análogas en diversos países.

He ahí cómo los países por decenas se aprovechan de la genial iniciativa del Caudillo. Sin él ¿qué sería en el mundo de la investigación científica? Pensándolo estábamos cuando supimos que en Toulouse en estos días pasados, se celebraba una reunión de investigadores de la Electrónica, traídos desde los más diversos países a expensas de la Fundación Rockefeller, para intercambiar sus descubrimientos y sus ideas. Claro es que sólo se había invitado a los bien calificados para ello. ¡Costeados por Rockefeller y teniendo sólo que saltar el Pirineo? Vamos a ver a los españoles, nos dijimos. Y nos fuimos al anfiteatro de la Facultad de Ciencia.

Se habían juntado allí con una cincuentena de físicos eminentes venidos no pocos de ellos desde muy lejos. Los había del Canadá, contamos tres japoneses; pero ¿en dónde estaban los hombres del señor Ibáñez Martín? ¿Quiénes eran entre aquellos sabios los portadores de "una ciencia definida, según los cánones de nuestra tradición" y "sometida al yugo"? Al fin nos enteramos de que de España no habían podido venir investigadores. Estaban contemplando al Caudillo.

21 de Abril de 1.955

HEGEMONIA JAMONERA

Por la revista norteamericana "Newsweek" (5 septiembre) nos enteramos de un interesante discurso del ex presidente Truman, el cual, además de ocuparse en él de otros complicados asuntos políticos, ha tratado del jamón.

"He comido jamón —ha dicho Truman— en todos los grandes Estados que lo producen, incluidos Virginia, Carolina del Norte, Kentucky y Tennessee, y puedo decir que en ninguno saben curar el jamón como nosotros en Missouri. Ciertamente, nadie se moriría de hambre con el jamón de ellos; pero creo que el jamón de Missouri es el mejor de los Estados Unidos, que, naturalmente, es como decir el mejor del mundo."

Ante tan rotunda afirmación, Mr. Travers Edwards, presidente de la Compañía exportadora de jamones de Smithfield (Virginia), ha salido diciendo: "Pasemos como bueno ese chauvinismo y aun reconozcamos que el jamón de Missouri es comestible; pero Harry Truman ha hablado con el pie en la boca. El jamón de Smithfield no es inferior a ningún otro, y sólo el de Westfalia se le puede igualar."

Esperábamos nosotros una vigorosa reacción por parte del Gobierno del Caudillo, debidamente informado por ese genial diplomático que lo representa en Washington. No son tantas las buenas ocasiones internacionales que tiene España como para dejar escapar ésta de Oantener sus derechos al centro de la jamonería. Y no nos referimos —aunque pudiéramos hacerlo— a ese jamón de Jabugo que debe comerse en lonjas finas como el papel, ni a aquel otro de Montánchez que Carlos V comía con fruición; pensamos en el jamón de Trevélez, de aquel pueblecito encaramado en la Sierra Nevada sobre la Alpujarra granadina. De allí salieron muy buenos jamones para honrar las mesas de príncipes de la gastronomía y de los otros; de allí se los hacía llevar Rossini, cuya reputación como gastrónomo —y hasta como músico— era superior a la de Truman.

Buena ocasión era ésta para haber enviado a Truman y a ese presidente de exportadores sendos jamones certificados y sellados por el

Ayuntamiento de Trevélez, diciéndoles sencillamente: "Para que sepan ustedes lo que es jamón." Y no hubiera estado mal enviar al mismo tiempo otro igual al Presidente Eisenhower, en cortés e intencionada correspondencia por aquel jamón de ocho kilos que a un ministro del Caudillo le regalaron en Chicago y que tal vez procedía precisamente del vecino Estado de Missouri.

Quizás la causa de este silencio diplomático está en aquel regalo norteamericano del que sin duda Arbarúa dio participación al Caudillo. Es posible que el uno y el otro lo encontraran bueno y no superable por el jamón español. De ser así, hay que pensar que en España no sólo han decaído en estos tiempos valores tales como la literatura y la música, sino que, bajo el dominio del Caudillo, hasta los cerdos de la Alpujarra han dejado de producir aquel famoso jamón que era también una obra de arte.

29 de Septiembre de 1.955

LA TOGA Y EL PROPOSITO

El vestuario del Caudillo, multiforme y policromo como jamás lo tuvo el jefe de un Estado, se acrecienta día por día en razón de las nuevas investiduras que Su Excelencia recibe. Su reluciente variedad se escalona desde los dorados uniformes de Capitán General, de Gran Almirante y de Alcalde Mayor del Mar, hasta los sedosos y venerables manteos de canónigo. Parece que también hay en él un magnífico traje de luces, regalo de la Asociación de Toreros, la cual ha ofrecido al Caudillo los honores de la alternativa, no menos adecuados a su invicta persona que los que acaba de otorgarle el Colegio de Abogados de Madrid.

Son éstos los de Decano honorario de la Corporación y Abogado de honor. ¿Quién ha hecho más para merecerlos, tanto en el campo del Derecho público como en el de los derechos inherentes a la dignidad humana? A tales merecimientos debía corresponder una gran ocasión, y ella ha sido la celebración en Madrid del Congreso Iberoamericano y Filipino de Derecho Procesal. Bueno y apropiado ambiente es hoy España para tratar altas cuestiones de Derecho, y muy especialmente las procesales. De ellas habrán encontrado los congresistas aleccionadoras experiencias en el procesal y escrupuloso cientifismo de que se valen los servicios del Caudillo para enjuiciar y arrancar confesiones a los acusados políticos.

Pero, satisfechos o no, es el caso que los congresistas han recibido la procesal y honrosa distinción de ser presididos en su sesión de clausura por el jefe del Estado. Tal ha sido la solemne ocasión aprovechada por el Colegio de Abogados de Madrid para ponerse bajo el alto patrocinio del Caudillo y para colocar sobre los hombros de tan gran paladín del Derecho, la toga de la Justicia, mal adaptada y jorobada sobre sus charreteras de Generalísimo. Es de notar que el ilustre beneficiario ha sido dispensado del juramento que es de rigor en tales casos. ¡Bah! — dirán los maliciosos—; es que los abogados saben a qué atenerse sobre el valor de los juramentos del Caudillo. Sin embargo, éste ha ofrecido en

tal momento algo así como una difuminada promesa, o más bien una esperanza. Yo correspondo —ha dicho—”con los sentimientos más cálidos de mi corazón y mi propósito de sostener la Justicia y el Derecho en España y la independencia de los Tribunales y el buen espíritu de la Justicia y de la jurisdicción que vosotros tan bien representáis”.

“Mi propósito...” Sí, entiéndase bien. No hay que andarse de ligero. El propósito es una intención diferible que resbala sobre el tiempo en busca o espera de la oportunidad. Mientras ésta no llegue, muchos desdichados españoles deberán encalmar su impaciencia en ese declarado “propósito” de justicia. No es mucho pedirles allí en donde, gracias a la heroica y prometedora política del Caudillo, tantas gentes entretienen su hambre con el vago “propósito” de comer.

1 de Diciembre de 1.955

DICHOSA INCAPACIDAD

Se comenta zumbonamente por el mundo la contrariedad del Caudillo que, habiendo alentado a los marroquíes contra la opresión colonialista francesa, considera ahora como grave imprudencia que Francia les haya reconocido una autonomía demasiado libre y democrática.

¿Por qué la opresión ha de curarse con la libertad? El Caudillo sabe seguramente otros remedios y por eso advierte que los marroquíes no están aún preparados para la democracia.

Bien harían los comentaristas internacionales en no tomar a chacota esa firme seguridad con que el Caudillo dictamina sobre el grado de capacidad de los pueblos, y en considerar que ese genio dictaminador lo ha recibido él de la Providencia y no de las Universidades ni de las bibliotecas, como suele acontecer a los vulgares estadistas. Además, para juzgar severamente a los otros, el Caudillo tiene la fuerza moral que le da haber proclamado primeramente la incapacidad y atraso de su propio pueblo para ser libre.

Antes, los que se tenían por buenos españoles se afanaban por mostrar que su pueblo, si no era de los más cultos del mundo, era, eso sí, de los más civilizados, y que en los grandes hechos de su historia, más que los hombres extraordinarios, había estado presente el genio español. Pero ahora, los que del régimen tienen patente para opinar, suelen decir o responder a los extranjeros: "Sí, ciertamente ustedes tienen instituciones admirables en donde la justicia, la cultura y la economía se administran en un régimen de libre discusión; pero nuestro pueblo no está capacitado para eso." Lo dicen sin sentir rubor. ¿Por qué habrían de sentirlo? Si Dios no ha dado a los españoles la capacidad para gobernarse, les ha dado en ventajoso cambio un Caudillo y unos ministros escogidos por su divina mano, con los cuales las cosas en España van que da gusto, sin que haga ninguna falta ilustrar al pueblo, y pudiendo así emplearse en cosas más gratas y brillantes lo que había de gastarse en construir

escuelas. En un Estado tan bien regido ¿por qué se ha de sentir rubor en declarar que el pueblo está atrasado y no es digno de esas libertades que se disfrutaban en otros países?

Hace poco, un abogado español bien pasaportado por su Caudillo, se presentó a visitar una gran Universidad norteamericana. Lo recibieron y acompañaron cortésmente dos profesores de Literatura española de la tal Universidad. Uno norteamericano, había residido en España antes de la época providencial; el otro es un refugiado español. Al despedirse, mostróse el visitante muy impresionado por la democrática organización de la Universidad y aún de la propia vida social y política de los Estados Unidos.

—Son enseñanzas— le dijeron sus acompañantes— que seguramente tratará usted de aplicar en su país.

—Eso no —respondió el visitante—; el pueblo español no está bastante adelantado, ni siquiera como otros de la propia Europa, para saber administrarse democráticamente.

Entonces, uno de los dos profesores, el norteamericano precisamente, conteniendo mal su indignación, replicó:

—Ese pueblo que considera usted tan atrasado tenía ya una civilización cuando en Inglaterra se vivía en las cavernas.

Seguramente, recordando sus impresiones de viaje, aquel súbdito del Caudillo comentará en España que hay por el mundo ciertos extranjeros que tienen la manía de considerar a los españoles como un pueblo civilizado.

22 de Diciembre de 1.955

FUSILAMIENTOS EN MALAGA

La opinión pública española —la que no prefiere ocuparse en voz baja de otras cosas que se dicen— anda en estos días justamente apasionada y hasta indignada por ese extraordinario asunto de los fusilamientos de Málaga. No se trata de aquellos ya lejanos de Torrijos con sus compañeros ni de los muchísimos ordenados victoriosamente por el Caudillo. Ni siquiera el fusilamiento de algún rezagado defensor de la República se hubiese tenido ya por cosa más que ordinaria y apenas noticiable. Lo importante del caso es que se trata del fusilamiento de dos toros que con otros cuatro estaban preparados para ser lidiados en la corrida celebrada el día 10 de agosto de aquella capital andaluza.

Los dos toros, como es corriente en esa clase de animales, tenían cada uno cuatro patas, dos orejas, un rabo y también unos hermosos cuernos, pero todo ello tan robusto, tan bien proporcionado y con tal expresión de bravura que, más que cosa de estos tiempos, parecían tales bichos ser como aquellos que, sin afeitárles los cuernos y sin inyectárles ni darles a beber drogas estupefacientes, le echaban en su tiempo a Lagartijo.

Pero los toros, como los vestidos y como todas las cosas, han de ser proporcionados a quienes los emplean. Así, un lagartijo de estos tiempos encontró demasiado incómodo entenderse en la plaza con tales adversarios, por lo cual, valiéndose de su apoderado e imponiéndose al propio empresario, determinó suprimir a los dos animalitos para que fuesen reemplazados por otros dos menos favorecidos por la naturaleza. Medios, enseñanzas y ejemplos ofrecen en España estos tiempos para casos tales.

Y he aquí, la víspera de la corrida, al filo de una medianoche que parecía hecha para un cuento de brujas, aparecieron en los corrales de la plaza tres sombras, una de las cuales llevaba un mortífero rifle con el cual se dispuso valerosamente a encañonar a uno de los cornúpetos. Fue entonces cuando surgió una cuarta y amenazadora sombra. Era el

mayoral que había criado a los toros y que, contra todos los pretendidos derechos de compra y de propiedad, sostuvo que sus animales — que no había por dónde desecharlos — habían de morir luchando en la plaza, que, para ellos y para él mismo, es el terreno del honor. Y para librarlos de un vulgar asesinato se dispuso a defenderlos escudándolos con su propia vida y poniendo así en retirada a las tres sombras mientras en la feria crepitaban los fuegos de artificio que tenían que haber cubierto con sus cohetes, los disparos del rifle.

¿Quién era el portador de éste? Se habla del apoderado, se habla de su hijo. Lo cierto es que sólo un falangista podía tener derecho para tal arma y bríos para tal empresa. Frustrada quedó ésta por el momento, pero los toros fueron al fin sustituidos y asesinados. Y el digno mayoral, tragándose unas lágrimas, se ha lamentado así:

"Esto ya no parece España. Aquí se fusila to lo desente que hay. A mis toros me los han fusilao porque eran mu toros y mu españoles. Si, señó, mu españoles, y eso es lo que los ha perdfó. Lo que esta gente quiere es haser unos animalitos domesticaos que embistan con permiso der mataor y que cuando sargan a la plasa y vean al Caudillo en su parco, levanten la pata y le den tres mugfos como hasen los falangistas."

6 de Septiembre de 1956

LA "OPERACION REAPERTURA"

Bien sabido es que, a mediados del mes de enero, el boicot a los tranvías fue el modo que el pueblo de Barcelona encontró a su alcance para exteriorizar su aversión al régimen, eludiendo así los rigores de las fuerzas caudillescas. No se contuvieron en tan pasivos términos los estudiantes, los cuales, para hacer más expresiva su protesta por la situación en que se tiene a la enseñanza, llegaron a quemar en el recinto universitario sendos retratos del fundador de la Falange y del propio Caudillo. Horrorosa acción, sin duda. Ante ello no se oscureció el cielo ni tembló la tierra; pero tronó la encendida cólera del señor gobernador e invicto general Acedo Colunga, el cual no paró hasta conseguir la detención de un buen número de estudiantes y de hacerlos responsables del sacrilegio delicto.

Desde entonces, la Universidad de Barcelona está cerrada; y como ya ha pasado cerca de un mes, está claro que en España se puede vivir perfectamente sin Universidad, contrariamente a lo que ocurre en esas rutinarias y viejas civilizaciones democráticas que el Caudillo ha dejado tan atrás.

Sin embargo, para satisfacción de nostálgicos y tal vez como discreta concesión a ciertos prejuicios internacionales, ha parecido conveniente reabrir la Universidad; y así la reapertura ha sido estudiada y planeada por el Caudillo como una verdadera "operación", según es costumbre suya en los asuntos que toma a su cargo. Ha llamado, pues, al general Acedo Colunga como conocedor inmediato del terreno y puestos a contribución al genio del uno con el talento del otro, han empezado los dos por dividir al "enemigo" —es decir, los estudiantes— en cuatro partes o secciones: Ciencias y Farmacia; Ciencias Económicas, Filosofía y Letras; Derecho y Medicina.

Esas secciones —según nota publicada el día 7— se irán reincorporando escalonadamente a la Universidad. La primera lo hará el lunes, día 11 de este mes de febrero; y en cada uno de los tres días siguientes lo

harán por el orden ya dicho los otros tres grupos. Pero, además nada de entrar todos juntos y en tropel, ni siquiera pasar por la puerta principal del edificio. No podían escapar tales previsiones a la sagacidad del Caudillo, siempre alerta y rezumando genio militar. Por eso, en la nota hecha pública por la Junta de Gobierno de la Universidad, se dice que:

“La entrada de los alumnos de las Facultades de Ciencias y Farmacia se realizará por la puerta lateral correspondiente al patio de Ciencias, y la entrada de los alumnos de las Facultades de Filosofía y Letras, Derecho y Ciencias, por la puerta lateral correspondiente al patio de Derecho.”

La misma nota —que nada dice de los alumnos de la Facultad de Medicina— prohíbe terminantemente el acceso a la Universidad a quienes no tengan corriente y en mano el carnet escolar que los identifique. Con tales rigores en la identificación, con la firme separación de Facultades, con el sistema de patios estancos y de entradas laterales, bien puede afirmarse que el “enemigo” está perdido y que nada hay que temer de la reapertura de la Universidad, como planeada que ha sido, por el más grande estratega de estos siglos. Algún día, en una Antología de la estrategia, veremos catalogada esa operación con sus planos correspondientes: distribución de las fuerzas, emplazamiento de las armas pesadas, ángulos de tiro, puesto de mando del general Acedo Colunga... Quedará como modelo de acción universitaria. Será la “operación reapertura”.

14 de Febrero de 1957

LAS SIMPLES Y AUDACES AFICIONES

Hace un par de semanas, la Academia de Doctores de Madrid inauguró su curso de conferencias con una a cargo del general don Jorge Vigón, el cual desarrolló el tema "La Ciencia Militar". Para tratar de esa ciencia, un general está siempre investido de doctoral categoría; estaba, pues, a justo título entre doctores el señor Vigón. Sabido es que este militar contrajo brillantes méritos en la "cruzada" y que durante la guerra mundial compartió con el Caudillo el convencimiento del triunfo que esperaba a los ejércitos de Hitler y de Mussolini. La explicación está en este párrafo de su conferencia, publicado en la prensa del 22 de febrero: "Las Escuelas, las Academias, y los Estados Mayores de alto rango, donde los estudios se realizan, son los verdaderos laboratorios de la Ciencia Militar. Por desconocer esta calidad científica de la guerra hemos visto cómo partiendo del hecho de que, fuera de la maniobra militar, la estrategia toca en el campo de la política general, en las democracias modernas —fueran liberales, como la inglesa y la norteamericana; autoritarias, como en Alemania y en Italia, o revolucionaria, como la rusa— se adoptaron decisiones de guerra de carácter esencialmente militar, por simples aficionados como Churchill, Roosevelt, Hitler, Mussolini y Stalin, es decir, por gentes, que tenían de la guerra aquel concepto elemental, geométrico y un poco inhumano de los estrategas de café".

El razonamiento está claro, y de él se deduce que si Churchill, Roosevelt y Stalin hubiesen estudiado la Ciencia Militar como don Jorge Vigón en "las Escuelas, las Academias y los Estados Mayores de alto rango"; si no hubieran sido unos "simples aficionados", unos "estrategas del café", no hubieran adoptado aquellas "decisiones de guerra" que los llevaron a resultados tan diferentes de los previstos por el señor Vigón. Bien disculpado está éste, pues no es posible hacer previsiones sobre la gente ignorante. Esto nos recuerda la opinión de otro general que allá por la segunda década del siglo justificó la duración de la guerra con los

marroquíes diciendo agudamente que no se podía vencer a unas gentes que no sabían estrategia. Recordamos también que Voltaire nos cuenta el caso de aquel médico oriental que dio un diagnóstico de incurabilidad. El enfermo curó; y entonces el médico escribió un libro demostrando que no debió haber curado. También don Jorge Vigón debería escribir un libro demostrando que no debieron ganar aquellos aficionados.

Pero si ya no lo tiene escrito, difícil le va a ser ahora con la tarea que le ha caído encima. Porque es el caso que el Caudillo lo ha hecho ministro de Obras Públicas. Y al recibir el cargo de manos del conde de Vallellano, ha dicho refiriéndose a este antecesor suyo: "Cuando éste vino a desempeñar la cartera, traía un conocimiento bastante considerable de los problemas de la misma. Yo no traigo nada de eso. Pero con un poco de audacia..."

En fin, que también el general viene a su cargo como un aficionado audaz.

14 de Marzo de 1957

EXTRATERRITORIALIDAD DEL PUÑETAZO

La limpia absolución de un sargento estadounidense que había matado a un formosano, ha dado lugar en Formosa a tumultuosas y hasta sangrientas manifestaciones antinorteamericanas. Para explicar esa presunta ingratitud se dice por ahí, que, verdaderamente, los Estados Unidos no ayudan a ciertos países o pueblos, sino a sus opresores. Podrá ello ser así; pero cada cual es dueño de dar su dinero a quien bien le parece, y es natural que quien lo recibe tenga para su protector finezas como la de otorgarle ciertos derechos sobre los sometidos ciudadanos del país.

Meditando estábamos sobre esto cuando en el veterano "Diario de Barcelona", y sobre la autorizada firma de su cronista de Tribunales don Félix Tejada, hemos leído en la sección "Vida judicial" lo ocurrido en el pasado mes de marzo a un cierto ciudadano de la capital de Cataluña con un militar miembro de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, y sobre la cual ocurrencia ha recaído una resolución judicial inhibitoria.

Fue el caso que a la barra de un bar de Barcelona se encontraba sentado el aludido ciudadano en la honesta y pacífica compañía de su esposa y de otros familiares. "Asimismo —dice el cronista— estaba el referido militar con manifiestos síntomas de embriaguez, el cual levantó una mesa con el servicio, derribándola, amenazó con una botella al cliente del aludido bar y se acercó al grupo de que formaba parte ese señor, extendiendo la gorra de su uniforme al revés, pidiendo limosna."

No quedó la cosa en romper vasos, en poner mesas patas arriba y en imitar a los mendigos españoles. "Como el cliente —continúa diciendo el señor Tejada— expresara, primero en español y después en inglés, siempre correctamente, que se marchase, sin razón ni excusa alguna, le dio un puñetazo en la boca y nariz, causándole erosión en el labio inferior con hemorragia, manchándole de sangre las ropas que vestía."

Bien se ve que le dio con la mano cerrada, a la que llaman puño; y aunq ue ello, según el código del honor, es menos grave que si le hubicra

dado con la mano abierta, no por eso ni con menor gravedad que una bofetada habría de escapar el puñetazo a los rigores del Código Penal. Así lo pensaba el señor de la señora y de los familiares; pero he aquí que el Juzgado Municipal número 2 de Barcelona, visto el decreto-ley de 23 de diciembre de 1.954, pasa el asunto a la Comisión Mixta de Competencias, la cual considera que los hechos constituyen, "prima facie", el delito tipificado en el artículo 128, a), del "Manual for Court-Martial United States", y que para conocer del caso —según el artículo 17 de los acuerdos del Caudillo con los Estados Unidos— no son competentes las autoridades españolas, sino las norteamericanas, a las cuales, si lo tiene por conveniente, el lesionado y perjudicado podrá dirigirse por medio de la Comisión de Reclamaciones dentro del plazo de un año.

La Comisión Mixta, eso sí, según el referido cronista de Tribunales, declara probados los hechos; es decir, considera cierta la efectividad, la arbitrariedad y la brutalidad del puñetazo. Pero se trata de un puñetazo perfectamente extraterritorial, o sea con efectos jurídicos como si se hubiera dado en Nueva York, aunque con efectos traumáticos en Barcelona. Eso es lo estipulado en los Acuerdos. Cierto es que una tal deferencia la tiene el Caudillo sólo con los Estados Unidos, y, en caso análogo, de nada le valdría su nacionalidad, por ejemplo, a un súbdito de esa Inglaterra que tiene clavada en la Península una espina que el Caudillo se esfuerza en vano por sacar. Es que a los ingleses no se les ocurrió establecer en el Tratado de Utrech que la posesión de Gibraltar daría extraterritoriales derechos para abofetear ciudadanos en Cataluña. Pero el Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos les ha concedido esos derechos a los ocupantes de Rota.

¡Para que se chinchén los ingleses!

6 de Junio de 1.957

SOLO CUATRO MUERTOS

La catedral de Beauvais levanta sobre la ciudad su alta y maciza silueta. No tiene torre, pero la tuvo en su tiempo sobre los cuatro pilares del crucero; y quiso ser tan alta que un día primaveral de 1.573, precisamente el día de la Ascensión, cuando procesionalmente, acababan de salir del templo el clero y los fieles, se derrumbó con estrépito causando graves destrucciones en las bóvedas y en los pilares del edificio.

Habían quedado en lo alto unos témpanos que amenazaban desplomarse de un momento a otro, pero que, no decidiéndose a caer, impedían la urgente reparación de la nave, ya que nadie quería arriesgarse a subir hasta ellos. En tal estado de cosas se cayó en la cuenta de que en la prisión de la ciudad había un condenado a muerte que debía ser ahorcado por entonces; y los canónigos le ofrecieron la libertad si consentía en trepar hasta la parte ruinoso y provocar la caída de ésta con una operación en la que muy probablemente perdería la vida. EL condenado salió con bien de la empresa y ganó así la libertad.

Sin duda los penalistas, ni como defensores de la sociedad ni tampoco del individuo, no encuentran bueno un tal procedimiento; pero ascendiendo desde la filosofía del derecho hasta la filosofía de la historia, tal vez lo encuentren explicablemente situado en aquella Edad Media por un determinismo que en el caso de Beauvais está definido por la carencia de esas gigantescas escalas mecánicas de que en nuestros tiempos disponen los bomberos.

De todos modos —se dirá— aquel hombre estaba destinado a perder la vida. Pero imaginemos ahora que estuviera condenado a una larga pena de prisión y que, además, hubiera perecido. ¿No sería entonces el caso más monstruoso, sobre todo transportado a los tiempos actuales?

Ofrecer el pan al hambriento, el agua al sediento o la libertad al preso a cambio de que exponga su vida; y si la pierde en la empresa. ¿cuál deberá ser el estado de conciencia de quienes a esa empresa le empujaron?

A estas reflexiones nos ha traído la lectura en "ABC" de una entrevista que don Tomás Borrás ha tenido con don Diego Méndez,

arquitecto director de las obras de ese gigantesco hipogeo de "Cuelgamuros" que el Caudillo ha hecho excavar y enriquecer fastuosamente en las entrañas de la Sierra para que le sirva de sepultura digna de su grandeza.

Ha negado el arquitecto que, como la gente cree, esa obra de quince años haya sido realizada totalmente por penados que así redimen sus condenas. "De estos penados—ha dicho— sólo han trabajado ochenta. Pero quizás sin ellos no hubiese sido posible excavar la montaña. Recuerdo que tiene 40'75 metros de altura la cúpula central... Estos hombres, en su mayoría condenados por delitos estremecedores, por su misma índole carecían de miedo, no les importaba nada arrastrar los mayores peligros."

Para el señor Méndez los grandes delitos son cosa de hombres sin miedo; pero, dejando esto aparte, ¿cuáles serían esos delitos "estremecedores"? Sin duda no eran tan graves como ser diputado de la República, ser juez o militar leales a ésta, ser catedrático republicano o socialista, ser dirigente de aquellos Sindicatos... De haber sido delitos tan graves, también sus titulares hubieran perecido a manos del "glorioso Movimiento". Pero, sin llegar a tanto, graves debieron ser también sus culpas. Tal vez defendieron en las trincheras la legalidad republicana y por ello estaban destinados a pudrirse en la prisión. El caso es que el arquitecto continúa diciendo: "Ellos horadaron el granito, se subieron a andamios inverosímiles, manejaron la dinamita... Han jugado, día tras día, con la muerte. Y triunfado de ella. Todos están en la calle gozando de su bien ganada libertad. Pues sin ellos, la obra hubiese durado muchos más años, con empleo de máquinas en número mayor, y con dispendios crecidos."

Todos están en la calle... Pero son los que quedaron con vida; porque hubo muertos. ¿Cuántos? Pocos, según don Diego Méndez, el cual nos dice "Entre los excavadores, sólo cuatro muertos." Pocos; insuficientes para pesar en la conciencia de quienes así los pusieron a escoger, y que a tal trance los llevaron tomando el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Sólo cuatro muertos. Al fin y al cabo, aquellos infelices encontraron una muerte tal vez mejor que las de tantos compañeros suyos.

Jugando con la muerte, manejando la dinamita desde “andamios inverosímiles”,sustituyendo a las máquinas y evitando así “dispendios crecidos”, murieron soñando con la libertad, y acaso escucharon entre el negro fragor de la caverna aquellas palabras de nuestro señor Don Quijote: “Por la libertad se puede y debe aventurar la vida.”

8 de Agosto de 1.957

LA ÚLTIMA ESPINA

De aquel desastre del año 1.898 en que la bandera de España fue arriada en Cuba, nos quedaba clavada una espina; una sola y última espina que nos pinchaba sin que pudiéramos decir cuál era. Pero lo sabía el Caudillo, el cual acaba de extraerla con la más extractora de las diplomacias y por medio de su embajador en Washington. Las espinas en historia y en política, no tienen por qué presentar forma de aguja. La espina, en este caso, ha sido una campana; y la empresa de extraerla ha mostrado cómo la dominadora maestría del Caudillo no se ejerce sólo sobre el presente y el porvenir, sino también sobre el pasado, engastando en él glorias que faltaron entonces y convirtiendo en patentes de caballerosidad los muy contrarios dictámenes que entonces se emitieron.

Sabido es que en aquella memorable ocasión, en aguas de Santiago de Cuba, los navíos norteamericanos, como en unos ejercicios de tiro, destruyeron cómodamente a la mal armada flota española. Uno de los barcos de ésta, el "Reina Mercedes", fue hundido por el propio mando español, que, a la defensiva, quiso obstruir con él la entrada del puerto. Dueños ya de la isla, los norteamericanos pusieron el barco a flote y lo llevaron a su país como trofeo de guerra; pero, siendo ellos gente práctica, le sacaron provechoso rendimiento en la Academia Naval de Annapólis adosándolo a tierra firme y albergando en él prosaicos servicios auxiliares, sin dejar por eso de mostrarlo como despojo de vencido.

En tal situación lo veían con dolor las comisiones de marinos españoles que llegaban invitados por el Gobierno de los Estados Unidos. Consecuencia de ello fueron unas gestiones diplomáticas. "Las negociaciones para la devolución simbólica del "Reina Mercedes", iniciadas por el embajador Areilza, fueron largas y complicadas". Así dice el periódico "ABC". La devolución simbólica consistía en que se concediese a España algún pedazo u objeto del barco. Al embajador que tal cosa pedía se le contestó que se le daría satisfacción cuando llegase el momento de desguazar el ya tan viejo navío. Llegada al fin la ocasión del desguace,

el embajador se dirigió a la Academia Naval. Iba pensando, a falta de mejor objeto, en aquella campana que había visto colgada sobre la cubierta. Pediría que el Senado norteamericano, por medio de una ley, se le concediera simbólica y solemnemente al Caudillo, envuelta en elocuencia parlamentaria.

—Pero ¿qué ley ni qué Senado?—, le dijo el superintendente de la Academia Naval.— ¿Qué quiere usted? ¿Esa campanita que está en la proa? Pues se la doy ahora mismo, y si quiere algo más del barco, tómelo. ¡Si todo lo vamos a destruir!

Y le dieron la campana. Pero el embajador, contrariado por tanta llaneza, respondió en actitud oratoria y le llamó a la campana “símbolo viviente” con el cual los Estados Unidos ganan el corazón de los españoles y ponen fin al recuerdo de una discordia que ahora se transforma en un honroso pasado. Los periodistas de la Embajada comunicaron el discurso a Madrid, y el diario “ABC” lo comenta de este modo:

“Hoy, en ceremonias de una solemne sobriedad, la entrega de la campana de proa del “Reina” al embajador español ha puesto fin a un delicado trámite y ha arrancado la última espina de la crisis hispano-norteamericana del 98.”

Y he aquí cómo con esa campana de proa que tantas veces sonó la hora del rancho, se arranca “la última espina” precisamente la última, de aquella crisis de 1.898 que tan triste y desairadamente marcó nuestra historia, y que, así, tan brillantemente queda desenlazada y resuelta. Le estaba reservada tan alta empresa al Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos que, con la gracia que Dios le ha dado, transmuta en brillantes glorias militares las que eran tenidas por afflictivas negruras. Santiago de Cuba, Cavite, episodio del “Maine”... Todo eso, gracias a Su Excelencia y según palabras de su embajador, es ya “una imperecedera estela de episodios en los que, por ambas partes, el honor, la valentía y el deber, llevado hasta el sacrificio, presidieron el espíritu de los combatientes, verdaderos caballeros del mar, durante y después de la lucha”.

Verdaderamente, es una tremenda injusticia censurar por no haber arreglado las miserias presentes, a un tan gran Caudillo que así, en

cambio, se aplica a resolver tan brillantemente el pasado de España. Porque bien claro está que lo ha resuelto. Y si hay alguien que lo dude, ¡ahí tiene la campana!

21 de Noviembre de 1957

CON ESPUELAS

Cada vez que el Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos se nos aparece en la información gráfica de los periódicos españoles la mirada se nos va ella sola hacia el brillo de sus grandes botas de montar y se nos queda fija en sus impresionantes espuelas. Hermosas, en verdad, son esas espuelas que con su bien timbrado tintineo sonorizan los augustos pasos de Su Excelencia.

Ni esas botas ni esas espuelas tienen nada que ver con la equitación. Ni las unas ni las otras huelen a caballo. Pero son caudillales preesas que afirman y caracterizan la marcial e indiscutible autoridad del Jefe del Estado. Con ellas puestas recibe a los embajadores; con ellas asiste a las solemnidades religiosas; con ellas, en fin, como atributos indicadísimos para el caso, ha presidido en Madrid el Pleno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, asistido por tres prelados y por varios generales, y clogiado por la oratoria del presidente del organismo y piadoso investigador, don José Ibáñez Martín, el cual, aunque designado embajador del Caudillo seguirá teledirigiendo desde Lisboa los progresos de la ciencia española y aumentando el número de sus científicos descubrimientos.

No ha dicho el señor Ibáñez cuáles han sido éstos; pero ha advertido los graves peligros de la investigación materialista y le ha llamado al Caudillo "impulsor de la cultura nacional", mejorando con esta y con otras frases las también laudatorias palabras que a Su Excelencia acababa de dirigirle allí mismo el jesuita padre Romañá. Aún quedó lugar para otras alabanzas en el importante discurso que pronunció seguidamente el ministro de Educación Nacional estimulando a que se considere a la investigación como un problema más del propio país. "lo importante es, por lo pronto, no mimetizar." Así ha dicho a ese respecto el señor Rubio, confundiendo la mimesis con el mimetismo.

Pero esa confusión no es grave. Mayor importancia tienen las dificultades que, según el ministro, encuentra en España la investigación. Una de ellas es la insuficiencia económica, que no permite la adquisición

de instrumental moderno. Sin embargo, esto afecta sólo a las experiencias físicas materialistas, dichosamente sustituidas en muy buena parte por el señor Ibáñez Martín con la investigación sobre temas teológicos, que no necesitan aparatos.

La otra dificultad, expresada de modo indirecto, consiste en que el investigador "es floración de una comunidad culta". Bien se ve por tales palabras del señor Rubio que España no es de esa clase de comunidades. Pero, además no es deseable que lo sea, ya que las comunidades cultas, aunque florezcan en investigadores, no son propicias a los caudillos. Hacer, pues, de España una comunidad culta, sólo puede ser aspiración de los subvertidores del orden social.

Contra ellos se ha puesto en guardia esc ministro afirmando que la investigación científica es un problema de moral y que "ha de atenderse a la calidad personal de los investigadores". Bien puede percibirse en tan sensatas advertencias una alusión a aquellos malos españoles que antes del "glorioso Movimiento", sin certificado parroquial ni policífico, ilustraron con grandes méritos científicos su liberal personalidad. Bien merecieron su muerte en el exilio un Blas Cabrera y un Martínez Risco, entre otros, y sepa en su tumba el propio herejote Ramón y Cajal que hoy, en los dominios caudillales regentados por Ibáñez, no hubiera podido disponer ni siquiera de un microscopio para darse con él aquella importancia que se dio.

Por eso, mientras así se estaba hablando de la calidad personal de los investigadores y de las peligrosas contingencias de la investigación, el Caudillo asentía con la cabeza. En el interior de Su Excelencia se encendía una idea. Pensaba él en aquella heroica frase que, en Salamanca, gritó el general Millán Astray en apoyo del glorioso Movimiento: "¡Muera la inteligencia!" Y —pensando, pensando— pensaba también que aquella frase, con la firma de su autor, bien podría inscribirse sobre la entrada de su Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o acaso en las alturas de aquel mismo salón que él estaba presidiendo.

Como buscando lugar para la inscripción, el Caudillo echó el cuerpo hacia atrás, levantó la cabeza y estiró las piernas.

Y sus espuelas sonaron suavemente.

27 de Febrero de 1.958

LA LECCION DEL TORO

Es difícil superar en Toledo la vieja y brillante historia de sus festividades en el día del Corpus Christi y, sin embargo, la de este año quedará muy singularmente señalada no sólo en la memoria de los toledanos y de sus numerosos visitantes extranjeros, sino en la propia historia nacional, en donde el caso promete marcar una renovadora trascendencia.

No se trata de nada referente a la solemnidad catedralicia ni a la brillante procesión en la que, según "ABC", nos dice, "ofició de preces el obispo auxiliar de Toledo, doctor Miranda Vicente, que lucía el superhumeral cuajado de topacios y esmeraldas". Se trata de la corrida de toros que, como complemento ritual de la religiosidad del día, se celebra tradicionalmente en la histórica ciudad.

Ocurrió en la corrida, que un toro —precisamente el cuarto— no se resignó a ser retirado en seguimiento de unos mansos cabestros, sino que permaneció decididamente en la plaza dispuesto a demostrar que si no quería ser lidiado no era por falta de bravura sino porque su digna valentía no lo dejaba resignarse a ser zarandeado y pasado de muleta como un toro cualquiera.

Ante tan gallarda actitud reaccionó la caudillal autoridad del presidente de la corrida improvisando una nueva suerte llamada a marcar una fecha memorable y renovadora en el arte de torear. Fue ello que el tal presidente dispuso que se lanzase contra el toro el camión de los bomberos. De la grandeza del momento dan idea estas palabras con que lo describe el cronista de "ABC", señor Díaz-Cañabete:

"El camión maniobra y se dirige de cara hacia el toro con manifiesto propósito de atropellarle como si fuera un transeúnte cualquiera. El toro le embiste. ¡Qué gallardía la del toro! ¡Qué fiereza y qué bravura demuestra! ¡Y qué nobleza! No hubo en el ruedo nada ni nadie que demostrara tanta nobleza, tanta limpieza en el juego... El camión casi lo derriba. Se rehace. La gente protesta indignada."

Tan impresionado quedó el cronista, que en el siguiente número del periódico ha insistido sobre el caso diciendo así: "Todo podía explicarse menos perseguir a un noble y valeroso animal como si éste glorioso animal fuese traidora alimaña a la que era preciso extirpar con las artes que fuesen. Todo menos proporcionar a un público sensible y culto el deplorable espectáculo que se le ofreció. El toro noble, valeroso toro, del Conde de la Corte nos dio a todos una lección que quisiéramos que fuese inolvidable. La lección de saber morir con dignidad."

Bien se ve que ese "morir con dignidad", que esa dignidad misma, la ve el cronista como una reacción contra la indignidad, y que ésta estuvo a cargo del presidente que así ejercía su totalitaria autoridad de "caudillo" de la corrida. Pero es muy significativo que los cronistas del día tengan que recibir la lección de morir con dignidad de un toro muy toro, mientras ignoran o fingen ignorar a tantos hombres muy hombres que, también contra una brutal superioridad, han muerto dignísimamente en España para no ser lidiados por... esa cuadrilla.

12 de Junio de 1.958

AUNQUE SEA VERANO

Viajando el gran poeta alemán Enrique Heine y soportando mal el calor veraniego de Italia, se sintió aliviado al penetrar en el amplio frescor de una catedral. El poeta escribió en su cuaderno de viaje: "El catolicismo es una buena religión de verano."

Tiritando nosotros en una gran ciudad norteamericana y sintiendo ya congelárenos las orejas, entramos al azar en una iglesia protestante cuya dulce calefacción nos trajo al ánimo la frase de Heine, pero transformándola así: "El protestantismo es una buena religión de invierno."

La verdad es que casi nos reprochamos entonces la irreverencia de hacer frases, aunque sólo fuera con el pensamiento, sobre el valor transitorio y estacional de las religiones. Pero he aquí que en el periódico bilbaíno "La Gaceta del Norte", correspondiente al 6 de julio, leemos una interesante pastoral firmada por Pablo, obispo de Bilbao, en la cual nos salta a la vista un comienzo de párrafo que dice: "He de manifestaros, hijos míos, que aunque sea verano seguimos siendo cristianos".

Aunque sea verano, sí; a pesar de ser verano, y no precisamente por serio y ofrecer el aliciente de sus frescores catedralicios. Es que el ánimo del señor obispo hicieron gran impresión estas palabras que, según dice, oyó a un gran misionero; "¡Qué penal, la labor espiritual de todo el año se pierde en los meses de verano." Es que hay muchas gentes, católicas y todo, que del mismo modo que guardan dinero para el verano, guardan también virtud durante el invierno para derrocharla rumbosamente durante el verano.

No ocurría esto en otros tiempos. Sólo después del advenimiento del Caudillo parece haber escogido el diablo a España como residencia estival. No tenían antes los prelados que expresar tan hondas preocupaciones como estas que al obispo de Bilbao le hacen insistir así: "Somos católicos en el invierno y en el verano, y ahora más que entonces; por eso precisamente, porque ahora es la virtud más difícil y el ambiente más seductor."

Es que ese ambiente más seductor no es ya el de las frescas y apacibles catedrales. A otros ambientes parece referirse el obispo sin precisar cuáles son, ni hablar de las playas ni de las umbrías con ese escabroso casuismo que para el caso emplean otros prelado. El buen obispo de Bilbao, al dirigirse a sus feligreses y feligresas para que sigan siendo católicos “aunque sea verano”, parece darles a entender sencillamente, con discreción o timidez que lo honran: ¡Ya sabéis lo que quiero deciros!”

17 de Julio de 1958

LA CUESTION HIDROLACTEA

La prudentísima concesión otorgada por el Caudillo para ejercer el monopolio de la venta, aguamiento e imitación de la leche, ha dado lugar en San Sebastián a una tumultuosa zalogarda en la que una avalancha de ciudadanos, principalmente mujeres, se ha manifestado a los gritos de "¡leche, sí, agua, no" y de "¡Gurelesa, la mejor agua de mesa!"

"Gurelesa" es el nombre de la entidad monopolizadora, y eso de "la mejor agua de mesa" es una mordaz alusión a que el líquido que se expende no es ya leche aguada, sino más bien agua lechada, muy propia para las comidas, pues la discreta proporción de leche que contiene la hace muy apta para la digestibilidad de los calamares.

Pero la desconsiderada protesta de esos ingobernables vociferantes no es tanto por una apetencia de leche pura como por un subversivo afán igualitarista ante el hecho de que la mezcla del agua con la leche se hace en tres proporciones distintas para dar lugar a tres reglamentarias clases de leche, de primera, de segunda y de tercera categorías, adecuadas a la condición social de los consumidores. Piden éstos la igualdad ante la leche y, si no se les reprimiera como en San Sebastián, pedirían mañana la igualdad ante la justicia.

Nada tan justo y natural como la jerarquización de la leche en una sociedad tan rigurosamente jerarquizada como es el régimen del Caudillo. Lo que ocurre es que las gentes se soliviantan por el mal ejemplo que viene de esos países en los que, a título de civilización, no hay más leche que la leche y en donde su aguamiento está considerado como un grave delito; lo cual no es sino expresión del atraso en que están tales países en cuanto a la industrialización hidroláctea, tan fomentada por el Caudillo a falta de otras industrializaciones.

Buena medida es esa del aguamiento, entre tantas otras de buen gobierno. A pesar de ellas, en España los precios suben desmesuradamente cada día, y ya hace tiempo que se salieron del campo visual de los

salarios, pero asusta pensar a dónde se hubiera llegado sin la genial política económica seguida por el Caudillo, sobre todo en cuanto a los abastecimientos nutricios. Para los que de éstos no admiten buenamente la aumentación por el agua, el Caudillo ha decretado—y así lo ha hecho con el pan— un reajuste de las medidas ponderales, disponiendo que en lo sucesivo los kilos tengan nada más que ochocientos gramos.

Y he aquí que en un milagro que, por reminiscencia, podríamos llamar de los panes y las leches, el Caudillo, para bien de los españoles, de cada litro de leche hace lo menos dos, y de cada cuatro kilos de pan a mil gramos hace cinco kilos cumplidos de a ochocientos.

Es que a una espada como la del Caudillo no se le resiste ni el Sistema Métrico Decimal.

9 de Octubre de 1.958

LO QUE SE CUENTA

La importancia de lo que vamos a relatar no está en su propio valor. Tanto importa que ello sea cierto como que haya sido inventado por algún espíritu perversamente ingenioso. Lo que sí tiene importancia, y no poca, es el gusto con que las gentes se apoderan de cosas como ésta y las difunden por todas partes entre la rechifla general. Mal parado queda el alto prestigio del Caudillo sin que en mantenerlo pulido y brillante ponga la policía todo su celo profesional y sin que aquel entusiasmo acometivo y pistolero de la Falange haga callar para siempre a los lenguaraces que así corresponden a la obra engrandecedora de Su Excelencia.

Hasta quienes por su calidad y posición debieran ser tenidos por personas "de orden", ríen de buena gana y repiten esas pequeñas historias en el hogar, en la oficina, en el café y en el casino, compartiendo así unos juicios sobre el Caudillo tan atrevidos y nefandos como este que se verá.

Es el caso que el Caudillo, no bien satisfecho de otras inspecciones, quiso visitar una importante penitenciaría, cosa más castiza y característica de la nueva España que ninguna otra obra del francofalangismo, para el cual el español es, ante todo un elemento encarcelable, y la libertad una cosa provisional y vigilada. Manifestó, pues, el Caudillo su propósito y se cursaron las órdenes y advertencias oportunas.

El día antes del señalado para la visita, el director del penal recorría las celdas una por una, dando instrucciones a los reclusos. Llegó a una ocupada por un viejo penado que cumplía una larga condena; inspeccionó el interior y dijo:

- Para mañana has de tener la celda bien limpia y bien dispuesta, que va a venir aquí Franco.

- El recluso mostró en su cara el mayor de los asombros, y exclamó: ¿Que va a venir aquí Franco? ¡Franco! Pero ¿es que por fin hay ya justicia en España?

13 de Octubre de 1.958

LA BASURA DEL REGIMEN

En Madrid, un matrimonio joven y su hijo de tres años se han intoxicado gravemente comiendo sardinas en conserva. La lata que las contenía no fue comprada por ellos, ni tampoco la recibieron de nadie; la encontraron ya abierta cuando escarbaban en unas basuras, buscando en ellas el sustento alimenticio. No hay que entender por esto que se trata de gente vagabunda, sino regularmente instalada, con domicilio perfectamente conocido y numerado, según leemos en la información correspondiente. Son personas que pertenecen a una clase bien definida dentro del equilibrio económico de la armonía social francofalangista; y si en esta ocasión han dado que hablar, no es por nutrirse honestamente en las basuras, sino por la reprobable conducta de quien en las basuras, ha echado esa lata de sardinas avariadas.

En esto vienen a parar las graves consideraciones que el lamentable suceso inspira al cronista encargado de las cuestiones madrileñas en el periódico "ABC". No manifiesta este señor extrañeza ni inquietud por la situación social y económica de los tragabasuras, sino una cierta preocupación por el derecho que estos tienen a que se les dé la basura en buenas condiciones de consumo. Para él, lo censurable del caso recae sobre la persona que arrojó la lata. ¿A quién se le ocurre echar eso en la basura? Esas cosas, cuando no se tiene a mano un horno crematorio o un jardín en donde enterrarlas, debieran meterse debajo de la cama en espera de una ocasión de salir a pleno campo o de hacer un viaje por mar que permita desprenderse de tan molestos desperdicios con las debidas seguridades y garantías. Pero hay gentes inconscientes o inhumanas que prefieren librarse de tales sustancias depositándolas sencillamente en el cubo de la basura y ofreciéndolas así el apetito de sus semejantes. Bien afirma de esas gentes el cronista de "ABC" que no practican "la piadosa máxima que dice: lo que no quieras para tí no lo quieras tampoco para tu prójimo". Así es, y buena falta hace que a tan reprobables sujetos se les haga entrar en razón. Y no vengan diciendo que en los países que se

precian de más civilizados esas cosas se echan sin ningún cuidado en la basura. Nosotros no tenemos por qué aceptar ejemplos de nadie. Cada régimen tiene su basura, y la del francofalangismo es superior. Aprovechémosla. En la España engrandecida, santificada y concordada por el Caudillo no todos los que trabajan pueden comprar sus alimentos en el mercado; por eso merecen reprobación los desalmados que así ensucian la basura sin pensar en quienes tienen que comérsela.

16 de Septiembre de 1959

AL REVES TE LO DIGO

No sé por qué —pero tiene que ser por algo— se me viene a las mientes, y desde éstas a la pluma, un recuerdo que bien puede reemplazar a un oportuno y aleccionador comentario sobre los muy contrarios usos que puede hacerse de las buenas palabras cuando no se dispone de otras.

Hubo en Almería un ciudadano que gozaba de gran popularidad por sus reacciones de alcoholizado y de ocurrente. Estaba de recadero en un establecimiento y, mientras recorría las calles a buen paso, solía proclamar con poderosa voz sus sentimientos antimonárquicos. “¡Mutis, mutis con benevolencia!”, añadía con tranquilizadora intención. Pero a veces no se quedaba ahí, y sus voces desembocaban en un sonoro “¡Viva la República”

Tales desahogos proporcionaron a aquel buen e inofensivo Perico no pocas calabozadas; pero aquellos encierros se le daban sólo a título de borracho y no de elemento subversivo, ya que sus famosos vivas eran considerados nada más que como “cosas” de Perico Verdegay.

Así llegó Perico, con edad ya madura, y a los tiempos en que decaía la dictadura del general Primo de Rivera y en que desfallecía con ella el rigor de los defensores de la monarquía. Buena ocasión para los espíritus liberales fue aquella procesión cívica que, incluida en el programa de feria y según vieja tradición, se celebraba todos los años para llevar una corona de flores al monumento que contenía las cenizas de los mártires de la libertad, víctimas del terror fernandino de 1.824.

Ya no existe aquel monumento. El régimen del Caudillo lo ha demolido en explicable desagravio a la memoria de Fernando VII. Durante muchísimos años, en el día 24 de agosto, había llegado hasta él aquella llamada procesión encabezada por un buen grupo de concejales en traje de etiqueta, con maceros y banda de música. Algún concejal más o menos liberalote era encargado de decir el discurso, que terminaba invariablemente con un viva a la libertad. Pero aquel acto de común aversión a una pasada tiranía, no por eso tenía verdadera intención política.

Otra fue la significación que, en aquellos últimos tiempos del general Primo de Rivera, se le dio improvisadamente por liberales, republicanos y socialistas. Grande fue aquel día la concurrencia y no faltaron vivas a la República. Desde una esquina de la avenida, el comisario de policía vigilaba el paso de la manifestación, asistido por un grupo de agentes. De pronto, en aquel maremágnum se levantó una voz inconfundible: "¡Muera el rey!". El comisario torció el gesto y ordenó a unos agentes que buscaran a Verdegay. Llegó éste conducido y temiendo lo peor.

- A sus órdenes, don Salvador, saludó respetuosamente.

- Mira, Perico — le dijo el comisario—; estoy dispuesto a que no sigas abusando de la benevolencia que tengo para contigo. Te prohíbo terminantemente que des mueras. Da los vivas que quieras, pero en cuanto des un muera, te mando derecho al calabozo. ¿Entiendes? Pues ya lo sabes; vivas, los que te dé la gana; pero mueras, ninguno. Y, por esta vez, puedes marcharte.

- Muchas gracias, don Salvador, y siempre a sus órdenes.

- Perico Verdegay se perdió en la caldeada multitud. Poco después se oyó su voz estentórea:

- ¡Viva la mortalidad regia!

26 de Noviembre de 1.959

PREDICCIÓN DE PELIGROSIDAD

Cuando hay abundancia de pesca, bueno es cualquier lugar para echar la red. Luego, se selecciona y aprovecha lo mejorcillo que en ella sale. Así ocurre también con los enemigos del régimen del Caudillo. Parece haber buen año de ellos, y el Gobierno ha dispuesto una redada en las provincias de Córdoba y Sevilla como lugares propios para su abundancia.

Una redada, sí, pues no se trataba de perseguir a tales o cuales determinados enemigos, sino de atrapar a los que salieran. Por eso los corresponsales extranjeros —más expresivos que la nota oficiosa— dicen que la redada ha dado más de un millar de capturas. No cabían todas en la sartién, y una suelta las redujo a doscientas ochenta y seis. Luego, tras una cuidadosa clasificación, parecen haber quedado en menos de la mitad. No es mal rendimiento el así obtenido de ese que la nota del Gobierno califica de “excelentes servicios de las fuerzas de la Guardia Civil destacadas en los medios rurales”. Mejores rendimientos aun se esperan de venideras redadas que se derivarán de la progresiva aplicación que se viene haciendo de los planes económicos-caudillales.

Mas, ¿qué es lo que han hecho esas gentes? Verdaderamente, no han hecho nada; pero pudieran haberlo hecho si los servicios del régimen no les hubieran opuesto prudentemente esa acción preventiva que bien podemos llamar predicción de peligrosidad. Los agentes encargados de ella se ponen con la imaginación en las circunstancias del ciudadano que tiene delante, y entonces piensan que es lo que a ellos se les ocurriría hacer en su desdichado caso. Por ese psicológico e indirecto procedimiento los agentes suelen llegar a tan alarmantes conclusiones que, sin pararse en más, encarcelan al ciudadano antes de que se le ocurra hacer lo que parece natural que hiciera. Más vale prevenir.

Tal fue el caso —análogo a tantos otros— de uno de los detenidos en estos días. Cuando, a caza de enemigos del régimen, llegó la Guardia Civil para detenerlo, el hombre protestó vigorosamente. El no había

hecho ni dicho nada. ¿Qué motivos podían alegarse para meterlo en la cárcel como enemigo del régimen caudilla? Allí estaban con él su pobre mujer y aquellos desnutridos niños que con cara de miedo miraban al sargento. Este, que al fin y al cabo tenía un cierto corazón, se rascó la cabeza y preguntó:

- Vamos a ver. ¿Qué salario cobra usted?

- Los días en que hay trabajo me dan treinta y tres pesetas.

- Bueno, ¿y cuántos chiquillos tiene?

- Ya ve usted; tengo siete.

- Treinta y tres pesetas, siete chiquillos, días de paro...

- ¡Y me va usted a decir a mí que no es usted enemigo del régimen!

¡Vamos, eche usted palante!

- Y se lo llevó.

4 de Agosto de 1.960

UN SENCILLO RECUERDO

¿Una anécdota sobre Julián Besteiro? He aquí una de ellas, sencilla y hasta trivial, pero expresiva del sugestivo prestigio que aquel hombre tuvo hasta fuera de los suyos.

Una vez, un amigo nuestro —muy amigo es—, diputado en las Cortes Constituyentes de la República, recibió de un cierto amigo suyo la petición de un favor. El amigo suyo era un señor de temperamento conservador, ya que no reaccionario, que en la buena sociedad de su provincia se distinguía por su excelente posición y por su fino trato. El favor que pedía era ser presentado a Besteiro, que había despertado en él una cordial atracción desde la presidencia de las Cortes.

Consiguió al fin nuestro amigo convencer a Besteiro de que esas concesiones no siempre son una vanidad intrascendente. Besteiro puso la condición de que la entrevista se efectuase pocos minutos antes de la apertura de la sesión, para que el reloj le pusiera un término improrrogable.

Llegó el día. En el despacho presidencial hablaba Besteiro a sus dos visitantes. Les ofreció unos cigarrillos y al apresurarse a encendécelos, aquel señor, don Francisco, opuso un pretexto para no encender, mientras escuchaba a Besteiro con visible arrobamiento.

Sonaron los timbres llamando a los diputados. Besteiro se puso en pie y terminó la entrevista. Por el pasillo, don Francisco, con transparente emoción, le dijo a su amigo mostrándole el cigarrillo sin encender: "lo guardaré siempre en recuerdo de que me lo dio Besteiro."

22 de Septiembre de 1.960

ALTA CERTIFICACION

Gran satisfacción es encontrar influencias de la patria en las obras famosas que se realizaron fuera de ella. Con el ánimo empapado en una de esas satisfacciones, el teniente general don Alfredo Kindelán, uno de los grandes de la "Cruzada", ha escrito en señalada fecha un artículo cuyo expresivo título —resaltado a cinco columnas exteriores por "La Gaceta del Norte", de Bilbao— dice así: "Nuestra guerra fue escuela de arte militar para Europa."

Precisando más el significado de esas palabras titulares, el artículo comienza de esta manera: "Nuestra guerra civil, de 1.936 a 1.939, sirvió a las naciones europeas como escuela práctica de arte militar de gran utilidad para la campaña internacional que dio comienzo a poco de terminar la nuestra, hace hoy ventidós años."

Sí, de "gran utilidad" fue nuestra guerra para la campaña internacional que se preparaba. Sobre todo, en cuestiones de aviación. El general Kindelán dice en letras gruesas: "El primer puente aéreo que existió en el mundo se montó entre Tetuán y Sevilla." Se refiere el general al transporte a la Península, con aviones italianos, de moros marroquíes y de "caballeros legionarios" que le eran necesarios al Caudillo para reforzar la general adhesión que, según dicen, le brindaba el pueblo.

Más importantes son estas líneas del general; "El vuelo bajo, innovación española, fue sistematizado en nuestra guerra civil, en la que lo practicaron, con nosotros, los aviadores de la Legión Cóndor, en las célebres "cadenas" y de ellas salieron en la segunda gran guerra los célebres "stukas" o bombarderos en picado que de modo tan decisivo auxiliaron a las "Panzer Divitons", en su irrupción fulminante de comienzos de la guerra, hasta las costas del Canal de la Mancha.

Bien hace el general Kindelán en reivindicar para España la gloria de aquellos bombardeos en picado que tan mortífera perfección mostraron en Guernica y en otros lugares patrios. No importa que sus autores

fueran alemanes, como tampoco la circunstancia de que Colón pudiera ser extranjero le quita a España la gloria del descubrimiento de América. El general Kindelán se muestra justamente orgulloso de aquella y de otras novedades bélicas que se hicieron fecundas en nuestra guerra. Exaltando el "oportuno" valor de ésta, le pone a su artículo esta impresionante terminación:

"Jamás, en el curso de la Historia, trajo tantas novedades una campaña; verdad es que la nuestra fue oportuna, en fecha; fue un ensayo general de la gran guerra, con toda la tramoya montada ya."

¡Un ensayo general! He ahí una cosa que ya habíamos dicho otros antes que Kindelán, pero con menos autoridad certificadora que él. ¿Qué dirán ahora quienes se obstinaban en afirmar que aquello fue un "glorioso alzamiento nacional"? Fue un ensayo con todo. Alemania e Italia tenían inventores y aparatos, pero les hacía falta un pueblo sobre el cual ensayarlos, y ninguno mejor que el admirable pueblo español. Del Caudillo y de sus generales es la gloria de haberlo ofrecido para ello. Del general Kindelán es, además, el honor de haberlo certificado.

13 de Abril de 1.961

APUNTES DE MEDIANOCHE

A la puerta del Café Regina, en la calle de Alcalá, hacia la una de la madrugada, Indalecio Prieto, repantigado en la silla, parecía dormitar. Junto a él, don Ramón del Valle Inclán, en actitud semejante, se ordenaba la barba de vez en cuando. Al otro lado, como temiendo despertarlos, el escultor Juan Cristóbal y una cuarta persona conversaban en tono menor. Por la ya despejada acera pasaban los habituales de aquellas horas de Madrid. Era una estampa como la de otras noches.

Como otras noches también, por la cercana calle de Peligros apareció la "Ojo de plato" vendiendo décimos de lotería. Se acercó respetuosamente.

—Buenas noches, don Indalecio.

—¡Hola, buenas noches! ¡Qué! ¿Cómo se porta ese mal hombre?

—Sigue portándose como un sinvergüenza, don Indalecio. Me está haciendo padecer mucho.

La pobre muchacha relató sus más recientes cuitas. Prieto se conholió con ella y le prodigó palabras de aliento.

La "Ojo de plato" se despidió afectuosamente y se alejó hacia la Puerta del Sol voceando sus décimos:

—¡Los que tocan, por tres pesetas!

¿Quién era aquel limpiabotas que se acercaba con su cajón de trabajo? Era el "Silvela", que sacaba brillo a los zapatos mientras llegaba la ocasión de hacer efectivas sus inéditas cualidades de torero. También él le daba respetuosamente las buenas noches a Prieto.

—¡Hola, Silvela! ¡Qué! ¿Cuándo toreas?

Pues mire usted, don Indalecio. Le han hablado de mí a un señor de la Empresa de la Plaza de Toros y parece que al fin voy a torear la temporada que viene.

—Bueno, hombre, pues iremos a verte; pero ¡a ver cómo te portas ante el toro!

—Se hará lo que se pueda, don Indalecio.

Así pasaban otros desheredados que también buscaban unas palabras afectuosas de aquel hombre famoso que los llamaba por su nombre y que les daba trato de amigos. Prieto tomaba de ellos —también de ellos—

savia para aquel gran valor humano con que ilustraba su alta condición de político. La tomaba de ellos y por doquiera. Los infinitos aspectos de su vida surgen ahora en recuerdos impregnados de tristeza. De entre ellos, éste es sólo un apunte tomado en aquel Madrid, con luz de media noche.

22 de Febrero de 1962

LO PSIQUICO Y LO NUTRICIO

El diario madrileño "Pueblo" disfruta el privilegio de llevar a sus columnas a ciertos jefes caudillales para que respondan a moderadas quejas de alguno de esos descontentos que no se dan cuenta de que el régimen los ha hecho felices como a todos los españoles. Con tan laudable propósito, con un buen retrato y con ganas de responder, el periódico presentó a pocos días al Comisario general de Abastecimientos, el cual se llama don Antonio Pérez Ruiz Salcedo, que no es poco llamarse.

Según leemos, este señor ha aconsejado repetidamente a los cortos de recursos que, en vez de pedir aumento de salario, lo que tienen que hacer es no dejarse atraer por lo apetecible, sino por lo barato, aunque ello sea malo. Deben comprar artículos alimenticios de segunda y aún de tercera calidad, y luego, con las enseñanzas de un manual de cocina, darles aspecto y sabor de cosa buena.

A eso le ha respondido un descontento diciéndole que el arte de la cocina no es una taumaturgia, y que ni con manual ni sin él, le es posible transformar las patatas en carne ni el aceite nauseabundo en aceite de oliva. "No estoy de acuerdo con su consejo", le dice finalmente el disconforme. ¿Por qué? Esto es lo que señala sagazmente el señor Comisario en una deliciosa réplica que comienza así:

"Porque no ha pensado usted que el problema tiene dos aspectos: psicológico y de nutrición. Veamos. Partiendo de la base científica de que dos artículos alimenten igual —aspecto nutritivo—, nos queda el hecho de que el estímulo —apetito— lo define la sensación que experimenta el paladar."

Siendo así, si el trabajador español tiene poco que comer, ¿para qué quiere el apetito? Es decir, ¿qué le importa el aspecto... "psicológico" del comer? quede eso para quienes en un régimen jerarquizado puedan costearse psicologías alimenticias. A tal respecto, el señor Comisario hace esta penetrante observación: "Es curioso que esta política de

alimentación esté relacionada con el grado de progreso económico de cada país”.

¿Eh? “Es curioso”, verdaderamente curioso, eso de que lo económico esté relacionado con lo alimenticio. Parece como si lo uno no tuviera nada que ver con lo otro; y, sin embargo, ahí está el señor Pérez Ruiz Salcedo que, con agudísima penetración se ha dado cuenta de esa interdependencia que él califica muy justamente como hecho “curioso”. Bien se ve que en España no se designan ya los comisarios así como así. Para notarlo más no hay sino leer estas palabras secas, pero precisas, con que ese Comisario de Abastecimientos le ha parado los pies al reclamante del “Pueblo”.

“Recuerde: Hay que comer para vivir; no vivir para comer. Si se cumple ese fin superando el aspecto psicológico, y resulta además que se obtiene un gran ahorro, saque usted mismo la conclusión.”

Sí, señor. ¡Que la saque! Que se nutra con cualquier cosa; que no coma cosas “psicológicas”; que ahorre... Está más claro que el agua que la conclusión que el señor Comisario le propone es que se ponga en cuatro patas y que coma hierba.

Y si alguien tiene algo más que preguntarle al señor Comisario, ¡que pase! Ese hombre debe tener ideas para hacer tragarlo todo. Sin duda fue a él a quien se le ocurrió aquello de ponerles gafas verdes a las caballerías.

29 de Marzo de 1962

CON LA MUSICA...

Si el Caudillo se parece a Napoleón, no es únicamente por ese su tan alabado “genio militar y político” con que en sólo tres años venció a su propio pueblo sin otra ayuda que la de los alemanes, los italianos, los portugueses y los marroquíes. Más aún se parece por aquello de que la música es el ruido que menos le molesta. Y tal vez no es el que menos, sino el que más, según el afán que pone en desmusicalizar a España.

Cuando entró victorioso en Madrid, encontró casi terminado de restaurar suntuosamente el Teatro Real; pero él lo empleó como polvorín lo mismo que el bello Archivo de Alcalá de Henares. Poco después, los dos edificios quedaron arruinados por sendas explosiones que fueron como colosales salvas disparadas en honor de Su Excelencia.

Desde entonces, han sido muchas las voces que se han levantado inútilmente para pedir que sea nuevamente restaurado aquel templo de la música, en cuyo paraíso estaba enraizada la tradición de un público entendidísimo. Era la época en que Madrid tenía crédito para certificar ante el mundo la excelencia de nuevos valores como Titta Rufo y como Arturo Rubinstéin. Aquella tradición se ahogó en esta otra época en la que Manuel de Falla, triste y voluntariamente, se desterró con el propósito de vivir y aun de morir fuera de España mientras en ella dominara el Caudillo.

Aquella afición a la música florecía también en las bandas y orquestas de innumerables ciudades y pueblos españoles, en donde el amor al arte triunfaba sobre las dificultades técnicas y económicas. Pero estas últimas han llegado a ser insuperables; y he aquí —sólo como una muestra— que “La Gaceta del Norte”, después de lamentarse de cómo en el muy melómano país vasco las bandas están desapareciendo faltas de recursos, dice así sobre lo que ocurre en el importante Bilbao:

“Basta echar un vistazo a la Orquesta Sinfónica o a la Banda —sección de viento— que actúa en el Arenal, para llegar a la conclusión de que en un período de cuatro o cinco años nos quedamos sin músicos, si

las condiciones no mejoran. El músico joven que destaca, o bien emigra, o bien abandona la profesión.”

¿Emigrar? Aquí viene a cuento una crónica de Valencia que leemos en el madrileño “Pueblo” del 12 de enero y que comienza de esta manera:

“Se consumó lo que era inevitable; la “fuga” casi masiva de músicos valencianos a otras latitudes más propicias a ganar el pan con el sudor de la batuta, del violín, del fagot o de la flauta. Dentro de poco, exactamente el día 23, ocho profesores de la Orquesta Municipal —a la que se unirán en Barcelona otros dos músicos valencianos— tomarán el avión rumbo al Cairo con un magnífico contrato en el bolsillo, extendido por la Orquesta Nacional de la capital de la R.A.U.”

El cronista agrega:

“Y se marchan, buscando fuera la consideración y la remuneración que no alcanzaron aquí. El deseo de mejorar de nivel de vida es igualmente lícito para los obreros que marchan a Alemania o a Francia como para estos músicos que se van a Egipto.”

Es una intencionada declaración de que si España, bajo el plan de desarrollo caudillal, se queda sin sus torneros, sin sus fresadores, sin sus agricultores, no tiene por qué quedarse con quienes les amenizaban el trabajo. El franquismo, pues, no va a tener músicos ni siquiera para que le toquen el “Cara al sol”.

Y he aquí que, en previsión de tan desdichada ocurrencia, el cronista titula su artículo: “La Orquesta Municipal de Valencia se queda sin músicos”. Más expresivamente pudiera haberlo titulado “La huida a Egipto” o, mejor aún, “Con la música a otra parte”.

14 de Febrero de 1.963

BIKINIZACION

Viendo venir el verano, los servicios caudillales se afanan por organizar el advenimiento del turismo y por aprovechar al máximo su rendimiento en divisas. Sabido es que ese rendimiento ha venido a ser el fundamento económico del régimen, y que con él la Providencia ha compensado al Caudillo la capacidad que le niega para sostener la economía sobre la producción del país.

De ahí que se haya puesto el mayor interés en fomentar el turismo, dándole una adelantada preferencia en los propósitos liberalizadores del régimen. ¿Liberalización? Bikinización se le llama también a esa manifiesta tolerancia que ha sucedido a aquel primitivo rigor con que venía reprimiéndose el desnudismo en las playas. Hasta los obispos, tan interesados como quien más en el mantenimiento del régimen, suavizan ya el tono de aquellas pastorales en que oponían los ardores del infierno al frescor de las playas alicantinas y en que amenazaban con el trinchante de Satanás las desnudas carnes de los bañistas. Ahora les preceptúan a éstos muchas misas y confesiones, según vemos en una reciente pastoral. A poco vestido, muchas oraciones. Rece cada una las suyas, que ya se encargan ellos, los prelados, de redoblar las que dirigen a Dios para que le perdone al Caudillo su tolerancia con el bikini.

Sí, señores, el bikini, es decir, ese atuendo de dos piezas o piececitas separadas y aun distanciadas, ese bañador sumario y hasta sumarsísimo como un juicio de los tribunales militares de Su Excelencia.

No es que se haya derogado la prohibición del bikini; pero ocurre con ella lo que con otras leyes de antaño: se acata, pero no se cumple. Y hasta hay bañista que, requerida para que use bañador de una sola pieza, obedece quitándose una de las dos. Con una de esas piezas, con la inferior, se llegó el verano pasado a sustituir una bandera nacional. Lo hicieron unos ingleses en cierta playa catalana, y ello produjo gran escándalo, aunque sin graves consecuencias.

A esas cosas parece referirse don Luis María Anson en un artículo publicado con honores preferencialés en "ABC" "Por lo que cuentan las

gentes, más vale callar los espectáculos que se vieron el verano pasado en ciertas playas.”

En efecto, más vale callar esas cosas, porque lo importante es que los turistas se dejen las divisas en España. El articulista, deseando el ingreso en el Mercado Común, habla de que “toda la economía española se vería resquebrajada en el futuro si quedáramos apartados de la economía europea “ Y hasta deja caer esta indiscreta reflexión:

“La corriente turística, cada vez más caudalosa, ha servido de eficaz remiendo a la economía española, y se da el caso de que es el Ministerio de Turismo el que saca las castañas del fuego al de Comercio.”

Sí. Y no sólo se las saca al de Comercio, que tan desastrosa balanza comercial presenta, sino también al Instituto Nacional de Industria; esto es, al INI. ¡Arreglada estaría la economía española si tuviera que depender de la producción industrial del INI! Pero... Bien lo dice la musa popular:

Lo que Franco no obtiene con el INI gracias a Dios, lo saca del bikini.

9 de Mayo de 1.963

LA OCASION DE SER POETA

La circunstancia de que el advenimiento del Caudillo fuera nefasto para poetas como Lorca, como Machado o como Hernández, es al mismo tiempo un motivo para que el poeta don José María Pemán pueda apreciar en todo su valor la honrosa excepción de que el franquismo lo ha hecho objeto conservándole la vida y la libertad, y confiriéndole además muy señaladas distinciones.

De ahí que el señor Pemán, haciendo gratitud de su poesía, o poesía de su gratitud, asuma funciones de paladín del Caudillo en cualesquiera ocasiones y señaladamente en esta del fusilamiento de Grimau, en la cual hay quienes piensan que el poeta ha perdido una hermosa ocasión de callarse.

No se ha callado, sino que, como en un paso honroso, le ha salido al camino a otro hombre de letras; al escritor académico francés y católico notorio François Mauriac, titular del Premio Nobel de Literatura.

Lo trata, eso sí, con mucho respeto y admiración. Tres veces le llama insigne en su artículo de "ABC"; por eso le duelen más hondamente las palabras con que Mauriac afrenta al régimen del Caudillo en un artículo publicado en "Le Figaro Littéraire".

Piensa el famoso escritor francés que aun en el caso, no probado, de que fueran ciertos los hechos imputados a Grimau, éste los habría realizado como funcionario del Gobierno legítimo de la República española, defendiendo a ésta contra una sublevación de generales apoyados por la Italia fascista y por la Alemania nazi.

Parece mentira que Mauriac, tan católico, recuse a una sublevación militar realizada con armas bendecidas; pero lo que más saca de quicio al señor Pemán es que tan insigne escritor tenga por régimen legítimo a aquella República por el hecho de habérsela dado por sí mismo el pueblo español y que crea que la larga y tozuda resistencia de éste a los generales sublevados fue un acto admirable de legítima defensa. Pase que Mauriac sintiera repugnancia ante el hecho de matar, en lo cual no parece decidirse

Pemán; pero lo que a éste no le parece digno de un escritor poeta es descender al terreno de lo legítimo y de lo jurídico para enjuiciar los hechos de un tan gran Caudillo. Dice Pemán que ha "leído con pena las frases del gran escritor francés no porque protesten contra una sentencia española, sino porque protesta al nivel convencional, jurídico, humano e imperfecto de la sentencia misma".

Esto le parece a Pemán andarse "a ras de tierra". Y el poeta español completa así su pensamiento sobre Mauriac:

"Ha querido jugar a ser político. ¡Que ocasión ha perdido de jugar a ser santo o poeta!"

El académico francés ha perdido, pues, la ocasión de exaltar la poesía de un buen fusilamiento al despuntar el alba. Pero esa ocasión la ha aprovechado el señor Pemán alabándola en tres columnitas de limpia prosa

¡Lástima que no lo haya hecho en verso!

23 de Mayo de 1.963

DONDE HAY TANTOS, UNO MAS

Lo cuenta el corresponsal de "ABC" en Barcelona.

A su llegada a esta ciudad, Francisco García Rubio Fernández — retengamos lo castizamente español de su nombre— encontró en las inmediaciones de la estación Término a un individuo que hablaba muy mal español y que le preguntó dónde podría encontrar abierta una administración de loterías para poder cobrar el importe de un décimo que le mostró y que había salido premiado con varios miles de pesetas, ya que por tener que tomar el tren para el extranjero no podía esperar.

Estando en esa conversación se acercó otra persona que hablaba el español y algo de extranjero, interviniendo en el diálogo y siendo portador de un periódico en el que se veía que el décimo que tenía el extranjero estaba premiado. Ante estos argumentos, García Rubio Fernández accedió a entregarle 6.500 pesetas —cantidad inferior al premio— al extranjero, quien se adentró en la estación, mientras desaparecía también el español que había intervenido en la conversación.

Todo esto, con la consiguiente falsedad del décimo de lotería, es la vulgar historia de uno de tantos timos de ese y de otros géneros parecidos y bien conocidos que se están produciendo todos los días en las ciudades españolas. El suceso, pues, por su naturaleza, no merecía los honores del comentario. Pero he aquí que denunciado el hecho y atrapado por la policía el autor del timo, resultó éste ser —¡Agárrense ustedes! — un norteamericano.

¡Un norteamericano! La idea que nosotros tenemos de las gentes de esa nacionalidad nos hace incomprensible que quienes están acostumbrados a manejar recios dólares hagan tales diabluras para obtener un puñado de encajadas pesetas caudillales. ¿Se trata acaso de la proeza de algún turista que quiere jactarse en su país de haber sabido engañar en España a los españoles empleando para ello los propios y castizas recursos de la picaresca hispana?

Sea ello así o sea de otra manera, el caso es que el cronista de "ABC" sin recatar una mordiente antipatía, se expresa de este sorprendente modo:

“Lo que el cronista quiere comentar hoy es su protesta ante la aparición de un timador norteamericano. Nos basta con los que tenemos en casa. Muy bien que sean americanos todos los aparatos electrodomésticos, los productos alimenticios, las marcas de automóviles, y hasta las bebidas; pero ahí debe parar la ola invasora de americanismo”.

Nos explicamos el disgusto del cronista, pero ahora no estamos ante un caso de invasor americanismo, sino, al contrario, ante un americano españolizado. Americanismo hubiera sido actuar con la brutalidad de los gansters de Chicago, pero no —como en el caso presente— con el castizo estilo de los timadores de Madrid o de Sevilla. Alabemos una vez más el espíritu español que así sabe imprimir su carácter a las razas que se le acercan para dominarlo. Y es de ver que mientras el Caudillo fracasa en su intento de dar a los americanos un nuevo timo con las bases, es precisamente un americano quien le cuela a un español el timo de la lotería. ¡Cuando lo cuente en Nueva York...! Aunque bien puede ocurrir que se quede en España, pues aunque el cronista de “ABC” dice “nos basta con los timadores que tenemos en casa”, en el franquismo siempre se podrá hacer sitio para uno más.

22 de Agosto de 1.963

OLVIDESE A UNAMUNO

No es sólo el nombre de don Benito Pérez Galdós el que hay que borrar en la memoria de los españoles, sino también — e igualmente por precepto episcopal— el de don Miguel de Unamuno, sobre el cual, por cierto, acaba de publicarse en Francia un muy interesante libro del profesor Alain Guy, de la Universidad de Toulouse. Es de notar a este respecto cómo, una vez más, el extranjero se aplica a llevar a España la contraria, aireando y difundiendo la obra de nuestros más caracterizados réprobos: Unamuno, Machado, Lorca... Mientras en el extranjero, sin duda con intención antiespañola, se les dedican homenajes, no habrá en España quien se atreva a proponer que se den sus nombres a unas calles, así como a otras muchas se les ha dado honrosamente los de tantos ilustres generales y capitanes del Caudillo.

Pero volvamos a Unamuno. Con motivo de cumplirse ahora el centenario de su nacimiento y habiendo sido éste en Bilbao, no podía faltarle en esa ciudad una especial recordación. De dedicársela se ha encargado el obispo de la diócesis monseñor Gurrutxaga, en una estupenda pastoral que no hemos visto publicada en los grandes periódicos madrileños, sino en el bilbaíno "La Gaceta del Norte", ¡Qué pastoral señores, y qué cosas dice de don Miguel! Copiamos nada más que algunas de ellas:

"Hereje: hombre que se jactó de profesar un cristianismo sin milagros y de cuya pluma brotan interminables errores y herejías reales; adversario de la Iglesia católica a pesar de su decantado cristianismo; hombre soberbio, revolucionario y agitador, que en 1.924 fue detractor de la dictadura del general Primo de Rivera; gran demoledor de conciencias y de vidas humanas; hombre por muchos conceptos funestísimo; hombre de esos a los que no es lícito aupar y encumbrar ni aun después de muertos porque son nocivos para la sociedad."

Acerca de esto último, el señor obispo sale al paso de quienes insinúan la idea de dedicarle a don Miguel, siquiera en su patria chica, alguna lápida y escritura que perpetúe su memoria; y dice monseñor

Gurpide: "Es más conveniente que el recuerdo de estos hombres como Don Miguel de Unamuno se vaya desvaneciendo en la gente y en los pueblos." Y el prelado extiende sus preocupaciones antiintelectualistas en esta deliciosa digresión:

"Hay mucho fetichismo respecto de los hombres que conceptuamos intelectuales. Los consideramos como unos dioses del Parnaso, como unos ídolos, ante los que inclinamos la rodilla y muchísimas veces son unos pobres hombres. Parecían ídolos de oro y eran de barro amasado con todas las miserias de la humanidad divorciada de Dios. A veces ¡cuanto más sabe y más hondo profundiza una viejecita de la aldea con la fe del carbonero que esos sabihondos de la alta intelectualidad!..."

No hace falta decir más para que quienes aún aguarden algún libro de don Miguel de Unamuno se apresuren a quemarlo. Pero tengan cuidado al cogerlo, pues ciertos impresionantes bicharracos tienen la extraña costumbre de esconderse entre sus páginas. Bien lo advierte el señor obispo en esta conclusión que, según el citado periódico, "conserva todo su valor pastoral!":

"No es Unamuno autor que os podamos recomendar. La serpiente venenosa se esconde en las páginas de sus libros y os puede clavar el aguijón de la muerte."

¡El aguijón! ¿Pero quién le habrá dicho a su Eminencia Reverendísima que las serpientes tienen aguijón? Tal vez, en su afán de santificar la ignorancia de las viejas, el obispo ha querido ostentar la suya en cuestiones de zoología no ya elemental, sino ni siquiera popular. Y es lo malo que, ante tan equivocada idea sobre la serpiente, no faltarán quienes caigan en la irreverencia de desconfiar también del ilustre prelado en la idea que tiene sobre don Miguel, y hasta se permitan pensar que monseñor Gurpide bien puede entender tanto de Unamunos como de serpientes.

9 de Julio de 1.964

LAS BOMBAS QUE... CAYERON

Guadalajara estaba orgullosa del Palacio del Infantado. Era su joya. Para verlo y examinarlo acudían turistas y arqueólogos. El arte arquitectónico, buscando caminos al salir de la Edad Media, había realizado en él una obra original y única en su género. En su interior se habían acumulado tesoros de piedra esculpida. Lleno estaba también de viejos recuerdos que, a lo largo de varios siglos, había dejado el paso por él de grandes personajes de nuestra historia y también de la historia ajena.

Pero he aquí que, durante la guerra "de liberación", llegaron unos aviones de la "cruzada" y dejaron caer sus bombas sobre tanta maravilla. ¿Por qué y para qué? El palacio, perfectamente destacado en el conjunto de la ciudad, estaba muy lejos del frente, y sus encajes de piedra no constituían, ni mucho menos, una fortaleza. ¿Se buscaría quizás un efecto psicológico sobre aquellos alcarreños fieles a los "rojos"? Gran atrevimiento sería querer penetrar o juzgar los designios providenciales del "genio militar y político" del Caudillo. Lo cierto es que éste —como en otros casos análogos— consideró beneficioso y engrandeciente para la patria que las bombas cayeran sobre el Palacio del Infantado. Y ¡qué buenas eran aquellas bombas fabricadas en Alemania y bendecidas en España! El palacio ardió por los cuatro costados y, para humillación de mundanales glorias, quedaron en pie las arcadas como esqueleto calcinado de lo que en un tiempo fue escenario de bodas reales. Así, una vez más, se patentizaba que al genio militar le basta unos instantes para destruir lo que el genio civil de unos artistas realiza en una infinidad de largas horas. Conservábamos el recuerdo de lo que el palacio fue; pero conocíamos la imagen de lo que había de ser su destino trágico, hasta que tristemente la hemos visto en dos impresionantes fotografías. Ilustran éstas el diario caudillesco "Arriba", del 2 de Abril, un artículo de don Baldomero García Jiménez. ¿Demostrará este señor que —así como en Guernica— fueron los rojos quienes arrojaron las bombas? No; la verdad es que no pretende tal cosa. El articulista, prudentísimamente, dice así: "El día 6 de